

I.
ESTADO DEL ARTE EN INVESTIGACIÓN
EN TV INFANTIL

TELEVISIÓN Y NIÑOS, NIÑOS Y TELEVISIÓN: APROXIMACIONES AL ESTADO DEL ARTE EN LA INVESTIGACIÓN EMPÍRICA

Eduardo Contreras Budge, Ph. D.

PREÁMBULO PERSONAL

Mi aproximación al tema parte con un necesario preámbulo personal: no estoy sino muy recientemente reincorporado en el ámbito de los niños y la TV, luego de haber dejado su vertiente más específicamente académica hace ya casi una quincena de años . Y en ese entonces, su expresión operacional más evidente, casi obsesiva y virtualmente excluyente de otras problemáticas, al menos en el contexto que me tocó vivir (una universidad norteamericana, Stanford, 1974-79), era la de] intenso debate relativo a violencia televisiva y comportamiento agresivo, con todas las implicancias teóricas y metodológicas que ello conllevaba. Era, sin embargo, parte inevitable de mis estudios y formación, que no iba intencionadamente por esos lados, sino por lo que se denominaba entonces Development Communication y por la investigación de la comunicación en general, con referencia a la patria o a la región donde regresaría.

En tanto y hasta hoy, mi orientación ha estado centrada en la investigación evaluativa de (y también en la implementación de, o la formación y capacitación para) estrategias y proyectos de comunicación con propósitos específicos de desarrollo social y humano. En estos proyectos, los niños y la TV han estado directa o indirectamente presentes (pero por las características de esta ponencia, no será posible que aquí retome alguna de esas problemáticas en tanto enseñanzas alternativas o complementarias sobre la investigación y evaluación en TV infantil).

Mi quehacer evaluativo, además, me ha mantenido usualmente en el ámbito de cuestiones más pragmáticas y propositivas. Solo de cuando en cuando retomo, pero con gusto, ciertas disquisiciones metodológicas necesarias. Algunas de estas últimas necesariamente aparecen en este documento porque son imprescindibles a la hora de discutir qué se sabe o no, y qué se ha hecho (y por qué) en materia de investigación en TV infantil.

Esto era necesario plantearlo para dejar sentadas algunas de mis propias limitaciones y mi particular modo de abordar el tema. Es volver a un campo con una mirada simultáneamente fresca y vieja a la vez, enriquecida y empobrecida por mis incursiones en otros ámbitos. Es por todo ello que el cómo organizar el material que presento y por dónde comenzar no ha sido fácil. Recorté y reestructuré una enorme cuantía de materiales pertinentes al tema. Pero es más por ignorancia que por recortes que además tampoco doy cuenta exhaustiva aquí del estado del arte: faltaría para aquello una más profunda mirada a acontecimientos científicos más actuales, y cierta decantación de tendencias sugerentes hoy en boga que sean quizá promisorias o quizá, una vez más, solo una moda pasajera de tantas

otras a las que habitualmente se nos expone y a menudo sucumbimos en el fluctuante y etéreo campo de la investigación en comunicaciones de la región.

Desde luego y también, por mis propias limitaciones de formación profesional, no logro abordar adecuadamente, al nivel de lo que yo desearía, las dimensiones psicológicas, en particular los avances más recientes. Menos aún los planteamientos médico-psiquiátricos. Son posturas respetables, que aportan también desde sus especiales perspectivas otros elementos a considerar. Por razones obvias de ausencia personal y porque además es temática central del Seminario a ser desarrollada por otros, no me refiero a Chile en particular y mucho menos a recientes planteamientos propositivos referentes a la TV y la atención y orientación hacia los televidentes, aunque ciertamente no ignoro el conjunto temático y ciertos subtópicos de lo que aquí ha pasado y dejado de pasar en este campo.

UNA PROPUESTA DE NUEVE PUNTOS.

Lo que esbozaré apenas como una parcial contribución al estado del arte -porque el material investigativo a evaluar es voluminoso, las problemáticas son demasiadas, no irreductibles y difícilmente integrables, y las legítimas discusiones son muchas (amén de otras discusiones a veces irrelevantes o desenfocadas pero dominadoras de debates públicos y certezas populares infundadas)- es cierta evolución en la temática niños y TV que en su conjunto reflejaría las siguientes características generales (más allá de lo que suceda o no en Chile hoy), y que esbozo de este modo, antes de desarrollarlas en mayor detalle pero no con similar profundización y extensión a lo largo de esta ponencia. Me detendré algo en la primera y mucho en la segunda, anticipando y desarrollando allí aspectos que sustenten mis breves afirmaciones y anotaciones para los últimos siete puntos:

1.Una continuidad y hasta una obsesiva recurrencia societal de preocupación por los supuestos efectos negativos de una TV perversa y todopoderosa sobre niños indefensos en general, y que en buena medida ha marcada la agenda investigativa.

2.Una inmensidad de investigaciones --estamos hablando de millares de investigaciones empíricas-- con creciente sofisticación aparente, pero dramáticamente atravesando tortuosos caminos plagados de disputas metodológicas, luego teóricas y finalmente epistemológicas. Esa historia no ha terminado; a lo sumo se ha aburrido de volver sobre lo mismo y ha ensayado otras vías de evolución más fructíferas.

3.Poca certeza en el ámbito de los efectos de la comunicación masiva en general; replanteos teórico-metodológicos sustanciales.

4.Específicamente, estancamiento y pocas novedades en el sobreinvestigado tema TV, niños y violencia.

5.Sin resolver la cuestión de los efectos, especialmente en cuanto a niños y TV, desplazamiento del interés hacia los procesos psicológicos subyacentes en la relación sobretodo cognitiva del niño con la TV, los cuales enfatizan un niño activo constructor de sentido, con creciente consideración teórica y operacional del entorno social, y el surgimiento de mediadores fundamentales de la relación, notablemente familia y escuela.

6.Incertidumbres metodológicas y esfuerzos quizá infructuosos por construir paradigmas integradores que no sean aún sino pobres amalgamas y parchados reveladores de los trocitos de verdad que contienen las diversas propuestas teóricas, las postulaciones hipotéticas o los contradictorios resultados empíricos.

7. En parte resultante de la anterior angustia científica, nuevas miradas inclusive mágicas, prometedoras o hasta aterradoras en los nuevos afanes de comprenderlo todo, y ordenadamente. Un estudio de caso notable y meritorio es el de las propuestas teóricas respecto a recepción activa y mediaciones sociales.

8. Relaciones inciertas, contradictorias, adversarias, si del todo existentes siquiera, entre el mundo de los comunicadores de la TV - o la industria televisiva- y los también heterogéneos académicos, estudiosos e investigadores de la comunicación, en particular de la temática niños y TV, relaciones a la vez más enredadas aun en una compleja trama de opinantes categóricos.

9. Como producto de todo esto, pero también por causas adicionales, pobre vinculación entre la investigación y las políticas televisivas y de programación; desaprovechamiento mutuo y falta de comprensión de las especificidades de cada quehacer y ausencia de espacios propicios para su mutua consideración.

NIÑOS Y TELEVISIÓN: UN ESTADO DEL ARTE AYER Y HOY

¿Cómo explicarse esta peculiar historia de la investigación en TV y niños, que es en parte similar pero también diferente y específica, a la historia de la investigación en comunicación de masas, inclusive si solo consideramos a la tradición más empírica (y a veces empirista apenas, el Mass Communication Research)? Intentaré algunas respuestas tentativas parciales a lo largo de esta ponencia; se trata de un tema que espero recuperar en un futuro próximo.

Llevamos ya unas tres décadas al menos de investigación en TV y niños. He aquí un apto estado del arte:

Para *algunos* niños, bajo ciertas condiciones, cierta televisión es dañina. Para otros niños bajo las mismas condiciones, o para los mismos niños bajo otras condiciones, puede ser beneficiosa. Para la mayoría de los niños, bajo la mayor parte de las condiciones, la mayor parte de la televisión probablemente no sea ni particularmente dañina ni particularmente beneficiosa (itálicas de los autores).

Y se agrega a continuación:

En cierto sentido, el término efecto es inadecuado porque sugiere que la televisión le hace algo a los niños. La connotación es que la TV es el actor; se actúa sobre los niños. Se hace aparecer a los niños como relativamente inertes; a la televisión, como relativamente activa. Los niños son víctimas sentadas; la televisión los muerde.

Nada podría estar más lejos de los hechos.

Son los niños los más activos en esta relación. Son ellos los que usan la televisión.

Los autores de esta recordada cita son, efectivamente, Wilbur Schramm y sus colegas Jack Lyle y Ed Parker. La fecha de la cita es 1961, es decir, hace treinta y tres años atrás. Corresponde al libro pionero cuyo retrospectivamente apto título es **Television in the Lives of our Children**.

Vayamos más allá de esta página 1 del Capítulo 1, para redondear anticipadamente el estado del arte en niños y TV. Continúan los mismos autores:

...tenemos que salirnos del concepto irreal de qué es lo que la televisión le hace a los niños y sustituirlo por el concepto de qué es lo *que los niños hacen con la televisión*..

.. La relación es siempre entre un tipo de televisión y un tipo de niño en un tipo de situación. Y siempre tras el niño hay otras relaciones de importancia, especialmente con la familia y las amistades, la escuela y la iglesia. La televisión entra a la vida íntegra del niño...

(Schramm, Lyle & Parker, 1961, p. 169, sus itálicas).

También Hilde Himmelweit y sus colegas, en Gran Bretaña, en el otro gran estudio pionero de mediados de los años cincuenta (a citarse más abajo), tenían una visión compleja de la relación niños y TV aun antes de acometer sus estudios empíricos. Y al concluirlos, y luego de hacer las preguntas que obviamente eran necesarias a esa fecha (pero que no están todas aún respondidas en muchos de nuestros países de modos precisos), las visiones de sentido común sobre la TV que ellos califican de ordenadas y globales ya dejaron de serlo.

Pese a la inherente sensatez y claridad de esa obra, plena además de recomendaciones prácticas aun hoy contemporáneas respecto a potenciales y válidas mediaciones en la recepción, pese al similarmente claro y sensato estudio de Schramm y colegas, también con sugerencias nada de teóricas, y pese a lo que provendría periódicamente después desde la comunidad científica, la preocupación y hasta angustia social por la TV no cesó ni se reasentó sobre bases más racionales. Comencemos entonces por aquí.

1º.CONTINUIDAD Y RECURRENCIA EN LA PREOCUPACIÓN SOCIAL SOBRE EFECTOS PERVERSOS DE LA TV.

Nuestro primer gran planteamiento es éste:

Se aprecia una continuidad y hasta una recurrencia en la preocupación social por lo que se supone sean efectos usualmente negativos que una homogénea y poderosa TV ejercería sobre indefensos niños, preocupación expresada diversamente por distintos actores con móviles en ocasiones muy divergentes, y que culminaría en cierto deseo protector benéfico a ilustrado en el mejor de los casos.

Es necesaria una breve mirada histórica para situar en contexto y en evolución (quizá en recurrencia) el tema de la televisión, los niños, la cuestión de los efectos y en especial la violencia, desde la ansiedad y demanda societal para enfrentarlos.

Wartella (1985), en un relato de su investigación sobre niños y medios 1900-1960, plantea que se han hecho preguntas similares sobre efectos al llegar cada medio. Así, ya estaban presentes en los estudios sobre cine, aquellos del Payne Fund de 1933, de magnitud similar quizá a los que se ampararon y agruparon como el **Report al Surgeon General** de 1972 sobre TV y violencia (citado y explicado más adelante), pero no tan recordados ni citados y, quizá no sorprendentemente, de conclusiones similares al paquete de investigaciones que le sucedió cuarenta años después.

También Himmelweit y colegas, en 1958, expresaban que cada medio en su momento creó ansiedad. Hoy le toca la televisión, como antes le tocó inclusive a la lectura. Vale la pena citar qué visiones, tanto terroríficas como ilusorias existían a esa fecha. Y vale, asimismo, pensar si hoy en día no asistimos al mismo debate.

La TV, se decía, arruinaba el sueño y la vista de los niños, les hacía pasivos, los tornaba agresivos (al ver tantas obras de aventura y asesinato); conducía a una baja en el trabajo escolar como resultado tanto del cansancio como de un decreciente interés. Otros, más favorablemente inclinados hacia la televisión, planteaban que ampliaba los intereses de los niños, que les hacía más activos al estimular los pasatiempos, que les hacía menos agresivos (de nuevo, como resultante de ver obras de aventura y asesinatos que esta vez eran apreciadas como ofreciendo una salida inocua para la agresión acumulada); también se sugería que el rendimiento escolar mejoraba porque la TV estimulaba el interés de los niños en algunas de las materias enseñadas. (Hilde Himmelweit, A.N. Oppenheim y P. Vince, **1958, Television and the Child**, p.2, Reprint edition).

¿Cómo explicarnos esta recurrente situación?. Por un lado (y ya aparecía en el estudio de Himmelweit et al.), está el efecto de desplazamiento que la TV tendría sobre otras actividades más aparentemente benéficas para los niños (típicamente, jugar afuera, o leer literatura provechosa, por no mencionar el tiempo desplazado y previsto para el adecuado rendimiento escolar).

Pero más allá de ello, está la lógica simplista de pretender una mágica y unidimensional explicación causal a la violencia social, la del mundo real y, más en general, la necesidad de proteger a los otros, los demás, la otra gente (el término *other people* es de Buckingham, 1987). Los niños son típicamente esos otros. La concepción social de la niñez les hace aparecer como inocentes y vulnerables, pasivos ante la agresión televisiva, y aislados de otras influencias. En 1990, Gunter y McAleer (**en The One-Eyed Monster**) vuelven a romper esa negativa y persistente estereotipación popular y rescatan un rol positivo para la TV, dadas ciertas condiciones.

La efectiva presencia ubicua de la TV y su instalación en nuestra vida cotidiana (eso sí, a diferencia bastante notoria con la irrupción de otros medios en el pasado) hace que el temor a la TV (el huésped alienante le llamó hace años la investigadora venezolana Marta Colominas) sea efectivamente más fuerte y provoque mayor ansiedad societal, y ciertamente una preocupación familiar nada abstracta.

Es en la familia (la tuya, la mía, la nuestra) donde se sitúa, amenazante, día a día, hora tras hora, esa particular ventana a unos particulares mundos (sean los mundillos propios de la TV o aquel mundo real pero necesariamente filtrado, recortado, seleccionado y reconstituido a su modo por ella), mundos que quizá no todos deberían ver, al juzgar por las preocupaciones de los protectores. Lo cierto es que la TV es un omnipresente fenómeno, y que Wartella (1989) sí habla que la TV colonizó (en el sentido descriptivo del término) el tiempo libre de niños y jóvenes.

Por último, el propio carácter de la TV (según lo tipifica Comstock para su contexto, el norteamericano) puede alimentar aprehensiones o ser campo propicio para desplegarlas. Se trata de una industria privada lucrativa regulada por el Gobierno, y muy sensible en su programación a presiones de múltiples fuentes (Comstock, 1975), lo cual impulsa también a hacer que la investigación --si en efecto fuese necesario hacerla, desde el punto de vista de una demanda social-- cobre ciertas características. La presión pública puede ser ciertamente diferente (como lo indica Comstock) en función de la existencia o no de evidencias de ciertos efectos, particularmente los percibidos como dañinos.

Hay, según la literatura norteamericana sobre efectos de TV, una historia de rechazo de la industria televisiva a la ciencia social, usualmente puestos ambos en una relación adversaria. Basta ver, por ejemplo, los entretelones de la composición de la Comisión

Científica que condujo el proceso sobre TV y violencia y el tipo de lenguaje usado en sus Conclusiones al Cirujano General a fines de 1971. (Véase, por ejemplo, el relato de Leo Bogart, 1973, intitulado Advertencia: El Cirujano General ha determinado que la violencia televisiva es moderadamente peligrosa para la salud mental de su hijo **POQ**, v.36:4).

Más potente aún es el Prefacio de 1969 de uno de los documentos emanados del equipo técnico de la Comisión sobre la Prevención y las Causas de la Violencia, en su volumen IX dedicado a los medios (Robert Baker y Sandra Ball, **Violence and the Media**). Hacemos esta extensa cita para subrayar que la discusión sobre violencia y efectos posibles no está exenta de confrontaciones nada abstractas ni etéreas entre intereses y poderes fuertes en contextos también muy reales y con consecuencias algo más que académicas.

Es necesario destacar que la preocupación social y hasta familiar por la violencia no es exactamente la misma, ni en argumentos ni en intereses amenazados o puestos en juego, que la de la industria televisiva. Y que un discurso científico que pueda afirmar, en el contexto de las reglas del juego para el quehacer científico, que no hay evidencia conclusiva para la relación violencia vista-violencia imitada o provocada, debe interpretarse en contexto y así valorarse.

Dice dicho Prefacio de Baker y Ball, 1969:

La preocupación pública por la violencia en la programación televisiva de entretenimiento ha estado con nosotros al menos desde 1954. (Desde entonces, las redes de canales y su asociación han dado tres argumentos): Primero, han planteado que no hay evidencia concluyente que la violencia en televisión haga que los televidentes se comporten violentamente () con la implícita sugerencia que la relación dañina primero debiera demostrarse concluyentemente (cuestión altamente improbable, se dice, en investigación del comportamiento humano-ECB)

(..) Segundo, que la industria auspiciará la investigación para determinar la relación (...) aunque tales promesas se hicieron en 1954 y siguieron hasta 1964, a fines de 1967 la investigación auspiciada por la industria era tan pequeña como para ser insignificante y aquella apoyada era, desde su inicio, una movida defensiva (Luego) se cambió a la postura que no habían hecho investigación porque el problema no era investigable (..)

La tercera respuesta principal a lo largo de los años es que la industria reduciría la cantidad de violencia en televisión (cuando de hecho subió, o al menos no disminuyó salvo en una red hacia 1961, agregan) La industria una vez más pidió más tiempo. Esperamos que le darán un mejor use que en el pasado. (pp. vii-viii, mi traducción).

El asunto es que, desde la era de los progresistas en EE.UU. y de los liberales iluminados, que esperaban algo más significativo y digno de la TV, en coincidencia involuntaria con sectores conservadores que la consideraban, ayer y hoy, más bien una odiosa intromisión maligna en un mundo ya de por sí perverso y poco edificante, ha habido una preocupación por el bienestar de los niños y los jóvenes en particular, en aras de su mejor desarrollo, amparados por una benévola y necesaria protección adulta.

Es esta ambigüedad de trasfondo, el discurso justificativo de a quiénes y por qué proteger de qué y por quiénes, discurso que tiene raíces y vertientes dispares, lo que origina más de una discusión entre los extremos del libertinaje total para una TV inocua y el control férreo con la estricta censura para una TV total o parcialmente dañina.

Ahora bien, la preocupación más genuina por el bienestar de los niños y la necesidad que una sociedad abierta y plural, por imperativo ético, deba brindar protección ante el daño demostrable avala, en un contexto más racionalista, la investigación seria para dimensionar esos daños y riesgos, y en efecto busca impulsarla para fundar sobre ella, como mejor cimiento empírico, ciertas normativas justas para todos.

Y ese discurso es ciertamente distinto de la preocupación de otros por hallar modos de censurar mensajes impropios (respecto de cuya impropiedad puede haber legítima diversidad de pareceres sociales) y de lanzar prohibiciones integristas que coarten la pluralidad y no respeten las diversas sensibilidades y valoraciones ante un mismo mensaje. Estos últimos grupos tenderán a hacer lecturas parcializadas o de conveniencia de investigaciones a interpretaciones de ella, en tanto avalan puntos de vista preestablecidos.

Y con tantas investigaciones disponibles, como se verá en la sección siguiente, siempre habrá más de una posible de ser descontextualizada a indebidamente generalizada para estigmatizar a casi toda TV para casi todo niño si no para todo adulto también. En sociedades modernas, siempre será mejor apelar, aunque lo sea indebidamente, a investigación científica. o a citas de ilustres, como argumento de autoridad, que a anécdotas, creencias, sentido común o actitudes infundadas aunque enérgicas.

He caricaturizado, es cierto, pero ha sido con el expreso propósito de señalar que hurgar entre todos los posibles efectos negativos de la TV hasta hallar alguna o la evidencia inculpatoria no es una ruta científica adecuada. Todo está matizado, y la propia investigación no está exenta de estas preocupaciones sociales que uno podrá quizá ver de modo no aceptable en tanto coarten un libre desarrollo del conjunto social, pero que--es honesto aceptarlo-- representan un punto de vista defendible por sus propulsores, desde sus concepciones de lo que es y debe ser una sociedad rectamente encaminada.

La cuestión es que éste cesa de ser un debate solo científico y se transforma en valórico. Es por ello que la preocupación social por la TV y sus efectos consistentemente ha superado lo que la investigación pueda certeramente aventurar en sus discurso más cauto sobre aquella.

Más aún, por las buenas o las malas, estas múltiples preocupaciones sociales han determinado fuertemente --a diferencia de otros ámbitos quizá más inocuos de la investigación en comunicaciones- la agenda de la investigación televisiva infantil, sus urgencias, y también la obsesión por aquellos resultados definitivos que zanjasen ya el debate y --en parte al menos, porque otra parte es cuestión propiamente epistemológica-- el énfasis en los efectos, y en los efectos individuales y, más aun, en aquellos que afectan a niños.

Después de todo, sería la argumentación, se trata de un efecto cotidiano potencial de nuestro televisor familiar, un avasallador invitado intruso (cuyos programas y contenidos son decididos por otros lejanos y no influenciados en la práctica,), sobre mis propios hijos, en un sentido familiar, posesivo y protector ya ni siquiera metafórico.

2°.TRES DÉCADAS Y MILLARES DE INVESTIGACIONES SOBRE TV, NIÑOS, VIOLENCIA: EL IMPOSIBLE ARTE DE LA INTEGRACIÓN.

El segundo gran planteamiento (y para el cual deberé detallar por fuerza ciertos aspectos a hitos insoslayables, anticipando a la vez el sustento para los próximos siete puntos que apenas dejaré señalados), es que **dichas angustiantes preocupaciones societales se han traducido, en términos investigativos, en literalmente millares de**

trabajos empíricos, con hitos significativos que evidenciarían creciente sofisticación metodológica y mayor lucidez epistemológica frente a la inicial ingenuidad teórica. Lo que en su conjunto refleja continuidad científica es, en verdad, una serie de avances logrados al ardor de fuertes disputas metodológicas, luego teóricas y finalmente epistemológicas y paradigmáticas.

Valga decir, de partida, que mi relectura de textos aparentemente viejos --y que hoy en su fresca reapreciación ya me atrevo a calificar de clásicos-- descubre en ellos mucha mayor sofisticación y menor ingenuidad que su fácil descalificación por autores y textos posteriores haría suponer.

La mirada de hoy no inocenta los qué investigados, ni los cómo, porque había a esos entonces también otros tópicos y otros modos --y no es por nada que para mi propio asombro haya citado al Wilbur Schramm de 1961 (y como luego haré también con Himmelweit de 1958) como un aceptable y visionario resumen de dónde estaríamos una treintena de años después.

Pero éste es un campo en donde la historicidad de las prácticas científicas se manifestó con singular evidencia; es capítulo aparte y ajeno a esta ponencia ver cuán dramáticamente se fueron determinando (y estrechando) las agendas y las propuestas investigativas. Desde un punto de vista científico estricto, no se trata, ni remotamente, de tiempos perdidos.

Distinta puede y debe ser la argumentación desde la perspectiva de los pequeños y grandes usuarios de la investigación para efectos de programar y producir (o siquiera tan solo importar, dados ciertos grados de libertad) mejor televisión. Caben los justos reclamos por las oportunidades perdidas, por los desenfoces, por las pseudopreguntas, por las respuestas que nunca llegaban y que quizá jamás debieron interesar tanto a tantos y a tan alto costo de tiempo y dinero

Partamos con algunos dimensionamientos cuantitativos, para que nunca más se crea que con la Bola cita de un autor, un estudio, se habrá zanjado la mal planteada cuestión de TV y efectos sobre niños.

Entendamos que estas cifras se refieren --por cuestiones que no viene al caso discutir a este momento-- a investigaciones empíricas (que no es sinónimo de empiristas o empiricistas necesariamente) y en inglés (primordialmente generadas en Norteamérica y los EE.UU., Gran Bretaña, algo en Europa y muy poco registrado de América Latina directamente).

Y agreguemos que no considera (es mi impresión fundada) ni ensayos ni reflexiones, ni planteamientos exclusivamente teórico-interpretativos o propositivos sin referentes empíricos razonables ni, mucho menos, valiosas pero no empíricas apreciaciones de quienes están inmersos como actores y decisores en el quehacer televisivo. Un estudio de las exclusiones del paradigma normal es también de interés, pero no en estos momentos.

Para Cumberbatch, 1991, lo primero que le llama la atención en la literatura sobre efectos de comunicación masiva es su mera cuantía. Y peor aun, la constatación que pocas revisiones de ella logren darle algún sentido a ese heterogéneo conjunto. En su propia y muy pensada revisión crítica, este autor pasa revista a sobre ochenta referencias claves en lo relativo a efectos, y se remite a 188 referencias clave en lo que a violencia y TV concierne.

Datos de Cumberbatch revelan lo siguiente: solo respecto de violencia y terror en los medios masivos, los autores Signorelli y Gerbner (1988) registran 784 publicaciones de

interés. Pades (1982) estimaba en más de dos mil los textos sobre TV y comportamiento en la década del setenta. Y habría que agregar los otros escritos, indica Cumberbatch, como aquellos de la gente de los propios medios, y los de otros profesionales cercanos a la temática, aunque desde una perspectiva no prioritariamente comunicacional.

Antes, en 1975, George Comstock y sus colegas habían publicado un volumen que contenía resúmenes críticos de los aproximadamente 450 estudios clave sobre TV y comportamiento a esa fecha (circa 1973-74; **Television and Human Behavior: The Key Studies**, George Comstock et al.). Partieron de una lista de estudios en exceso de los 2,300 (también registrados en volumen aparte del autor (**Television and Human Behavior: A Guide to the Pertinent Literature**, G. Comstock & M.Fisher, 1975). (Se proporcionan mayores detalles de este esfuerzo algo más adelante, por el valor referencial y sintetizador que posee.)

El Informe de puesta al día en 1982 del conocido Informe al Cirujano General (Surgeon General) de 1972 (**Television and Behavior: Ten years of Scientific Progress**, del U.S. Dept. of Health and Human Services: National Institute for Mental Health, NIMH: D.Pearl, 1982), plantea que respecto a TV y comportamiento, en lo relativo a jóvenes y niños, había no más de 300 estudios hacia 1970 (y desde 1946, según cifras de J.P.Murray, 1981, allí citado).

Una década después, se habían agregado otros 2,500. De éstos, más de dos tercios databan de 1975 o después. Por su parte, Buckingham, conservadoramente, estima hacia 1987 que habría más de cinco mil estudios sobre el tema niños y TV en los EE.UU. de Norteamérica desde la década de los cincuenta.

Pese a tamañas cifras, el número de investigadores en tema tan complejo y vasto es pequeño, plantea el Informe NIMH 1982 recién citado. Mi propio cálculo de autores citados en Comstock, con sus 450 estudios claves hasta 1975 no llega a más de 370 investigadores, lo cual es efectivamente poco, considerando que pocos son los estudios unipersonales aislados.

Como veremos, no todo esto es fácilmente integrable. Y no es cuestión de cantidad, sino de la variedad de abordajes metodológicos. Pero ojalá fuese sólo eso, como ingenuamente pensaban muchos

en el pasado. Hagamos, en tanto, antes de una discusión más propiamente epistemológica, una rápida pasada por ciertos hitos fundamentales, sin que esto ni remotamente sea más que un destaque de ciertas obras que posibilitan una especie de periodización francamente muy limitada.

Hilde Himmelweit y sus colegas A.N. Oppenheim y Pamela Vince, en su obra **Television and the Child (1958,Inglaterra)** reportan e interpretan una serie de estudios propios que junto a los siguientes de Schramm y colegas (1961) son usualmente reconocidos como los pioneros en el campo de la investigación empírica sobre niños y TV.

Sus datos son de 1955, y se trata de estudios ya irrepetibles, porque a ese entonces la TV aun no estaba presente del modo universalizado actual. Así, Himmelweit y colegas pudieron efectuar una encuesta con pareos bastante cuidadosos (matching) de televidentes y no televidentes y un número de 1854 niños o jóvenes de 10 a 11 y de 13 a 14 años, junto a otro estudio de antes y después de la compra y use de un televisor (pre y post test), con un total final de 370 niños de un pool original de 2,200 niños pretesteados.

Aun así, las precauciones metodológicas fueron incompletas, como los propios resultados demostraron (por ej, un matching jamás será perfecto, la familias que compraron TV eran ya diferentes de aquellas que aun no lo habían hecho).

El texto con cuya cita iniciamos este trabajo es el otro estudio pionero: Wibur Schramm, Jack Lyle y Edwin B. Parker, **TV in the Lives of our Children** (1961). En verdad, tampoco se trata de un solo estudio, sino de un muy inteligente parcheado de varios estudios sucesivos.

Esa experiencia es en sí interesante como estrategia investigativa, ya que el proceso investigativo fue creciendo conforme los primeros resultados surgían y se iban obteniendo fondos adicionales para responder a complementaciones relevantes. El libro, sin embargo, es un planteamiento plenamente cohesionado y coherente, y de cuidadosa relectura obligada, tal como el anterior, para quien hoy retome la temática TV y niños.

El Informe de Robert Baker y Sandra Ball de 1969, **Violence and the Media**, también estadounidense, es consecuencia directa de la violencia real en esa sociedad en la década de los sesenta. También se trató de un paquete de estudios. Revisiones posteriores han indicado que había allí pocas evidencias empíricas nuevas, y más resúmenes analíticos y compilaciones interpretativas de lo ya existente.

Es destacable el particular enfoque adoptado, que revela también el particular desquiciamiento del momento: una dramática violencia real que se deseaba asociar con aquella violencia propia de un mundo televisivo pero diferente a aquel: en efecto, la parte medular del libro se refiere a La Entretenimiento Televisiva y la Violencia, y es allí donde se pone el énfasis, más que en un muy pequeño apartado sobre la cobertura televisiva de los desórdenes civiles recientes de la vida real de 1967-68.

Asimismo es destacable en ese texto, y con independencia de su nexo o no con lo anterior, el aporte de George Gerbner quien ya comenzaba con su análisis de contenido cuantitativo de la violencia (El mundo televisivo de la violencia), y el posterior contraste en el texto con el mundo real de la violencia. Incluso se dispone en este libro de un poco conocido Anexo metodológico-instrumental (el 111-J) para dicha medición. (Más sobre este asunto en páginas siguientes).

Por la década de los sesenta y setenta no puede dejar de mencionarse el influyente trabajo de Albert Bandura, propulsor de la hasta ahora utilizada teoría del aprendizaje social, con la modelación y la imitación de conductas. Sus meticulosos trabajos experimentales de laboratorio con pequeños (niños de 3 a 6 años) de la guardería infantil de la Universidad de Stanford son recordables por apelación al tan mentado muñeco Bobo doll, experimento ya reportado con Ross en 1961, y en 1963 con el Bobo doll en filme. Su libro **Aggression: An Analysis of Social Learning** es de 1973.

Del mismo modo aparece Leonard Berkowitz ya por los años sesenta. Su trabajo es experimental en laboratorio, pero también experimental de campo. Sus sujetos tendieron a ser estudiantes universitarios. Un personaje memorable de sus experimentos es el ayudante de investigación apelado Kirk como estimulador o gatillador de agresividad.

Al mencionar estos autores y ciertos detalles de sus sujetos y métodos lo que deseamos es ejemplificar aspectos de la generación de resultados que rara vez son tocados. Por eso, ni hemos hecho referencia al qué concluyen, ni en qué supuestos teóricos se basan, sino apenas a cuán diferentes han sido sus aproximaciones metodológicas y operacionales. El asunto no es en absoluto trivial, como se hará evidente algo más adelante.

El Informe al Cirujano General de diciembre de 1971 (**Television and Growing Up: The Impact of Televised Violence**, 1972; ver Referencia completa al final) responde a la necesidad social a ese entonces (quizá más que científica, aunque deseosa de basarse en el lenguaje y el proceder de ésta) de contar con una información definitiva (como lo plantea la

petición senatorial) respecto a si hay una conexión causal entre la violencia y el crimen televisado y el comportamiento antisocial de los individuos, en especial los niños (..).

Por ello, se solicita un estudio que establezca científicamente en tanto cuanto sea posible qué efectos dañinos, si es que alguno, estos programas tienen en los niños (Petición del Senador Pastore, 1969; el mismo año, no casualmente, que se publicaba el texto de Baker y Ball sobre idéntico tema).

Para el conjunto de estudios se presupuestó un millón de dólares (Otros agregan que el costo real se aproximó a los US\$1.8 millones. La cifra no importa: es altamente probable además que muchos otros proyectos hayan surgido y se hayan efectuado solo en parte o en nada cubiertos por las propuestas aceptadas). Se financiaron 23 proyectos independientes, pero en total hay 60 Informes de proyectos o revisiones (reviews), de los cuales unos dos tercios involucraron trabajo empírico propiamente tal.

Quien desee adentrarse en este estudio debe ir a él directamente. Aquí, más adelante, apenas daremos el par de citas que resumen todo el esfuerzo, pero éstas apenas le hacen justicia. Solamente leer el denso y compacto Informe del Comité Científico Asesor del Cirujano General sobre Televisión y Comportamiento Social ya indica la complejidad no solo científica del problema. Pero comúnmente se olvida, si es que no se ignora por completo, que éste queda acompañado además de cinco gruesos volúmenes técnicos, los cuales incluyen los estudios encomendados.

Más fascinante es proponer, en estos momentos, una relectura de este esfuerzo como un estudio de la relación entre la preocupación pública (mediada por un senador), los modos de hacer ciencia (por ejemplo, de qué modos se buscó y seleccionó --y se consensuó o vetó-- a quienes formaron parte del Comité), su inserción institucional (la petición se la hace al Ministerio de Salud, Educación y Bienestar para la atención del Cirujano General, como cuestión de Salud Pública, y de allí al Instituto Nacional de Salud Mental como sitio institucional para hacer operar al Programa de Televisión y Comportamiento Social).

También interesa el *modus operandi* en cuanto a las propuestas de investigación ejecutadas por diversos grupos, etc., y el ritmo impreso a todos esos proyectos, muy acelerado para el ritmo habitual del quehacer científico y sobretodo dada esa expectativa de inferir desde disímiles estudios independientes la así esperada información definitiva.

Por último, es de interés también un seguimiento en cuanto a su supuesto rol en influir en política y conducta televisiva posterior. Parte de los elementos a reexaminar de este proceso (realmente mítico) de pretender zanjar científicamente un cuasi inasible y en todo caso complejísimo problema social apremiante y emotivamente cargado se hallan en el propio Informe; una postura distinta y casi inmediata se halla en Leo Bogart (1973), uno de los vetados junto a Bandura y Berkowitz, por ejemplo.

Diez años después del mentado Informe se hace una puesta al día (**Television and Behavior- 10 Years of Scientific Progress and Implications for the Eighties**), bajo similar auspicio institucional (el Departamento de Servicios Humanos y de Salud, Instituto Nacional de Salud Mental -NIMH-. El estudio es liderado por David Pearl, y cuenta con su propio equipo de staff y un cuerpo de diversos y eminentes consultores).

Lo más interesante de esta excelente puesta al día del célebre y definitivo Informe original no es tanto la reafirmación --aunque aún cautelosa-- de la cuestión que la violencia televisiva podría conducir a comportamientos violentos o agresivos, sino una considerable ampliación de la agenda de tópicos (que apenas en el título del Comité previo era algo más amplia que la sola temática de violencia y sus colaterales), un replanteo de los efectos socializadores más globales de la TV.

Asimismo, el reconocer --y desarrollar-- la noción que la TV debe comprenderse en relación al funcionamiento cognitivo-emocional de los televidentes. Ya se (re) legitiman tanto la noción de sus roles activos y selectivos como también las complejas estrategias de procesamiento cognitivo que diversos televidentes ponen en juego, diferencialmente.

Los estudios y revisiones posteriores de la literatura ya van transitando definitivamente en la cuestión de los mecanismos psicológicos (progresivamente incorporados teóricamente en contextos sociales cada vez mejor operacionalizados), como veremos. El tema de la violencia en sí decae, hasta el punto de su virtual desaparición de los índices temáticos en los Resúmenes (Abstracts).

Una revisión actual y retrospectiva de la revista **Communication Abstracts** de los últimos años (esta publicación bimestral registra y resume prácticamente todas las publicaciones académicas referidas a o relacionadas con la comunicación), además de otras revistas y fuentes usuales más relevantes en la investigación en comunicaciones (que realizamos para este trabajo pero que es imposible detallar aquí y que es en sí otro estudio relevante), revela los significativos cambios de agenda, considerablemente ampliada, a inclusive la variación metodológica operante en esta década pasada en el tema TV y niños/jóvenes, con/sin violencia como tercer criterio.

Pequeño paréntesis útil: En el caso del compendio de Comstock (1975), todavía pertinente y muy valioso para entender cómo se articulan y privilegian ciertos tópicos en distintas épocas o momentos, podemos establecer lo siguiente: a partir de los 403 estudios seleccionados como los clave por él (algunos de ellos cubren más de un estudio-publicación), se obtiene una sumatoria de 1341 estudios para conformar once bibliografías especializadas (es decir, cada estudio seleccionado es en promedio directamente (y no solo tangencialmente) relevante a unas tres bibliografías, por ejemplo, niños, procesos psicológicos, y métodos; también un estudio puede ser clave solo respecto a audiencias, o a contenidos, y no pertenecer a ninguna otra bibliografía clave).

Ahora bien, si tomamos como divisor a esos 403 estudios clave, para ver cómo se concentran los estudios en los tópicos que Comstock estimó relevante separar como bibliografías especializadas de estudios fundamentales (hubo un equipo de consultores para establecer los estudios clave, no es arbitrario o idiosincrático), podemos obtener estos datos:

Mientras 12% de los estudios son pertinentes a los mensajes de TV (contenidos, típicamente Gerbner, por ejemplo), 14% se refieren a audiencias en general, en tanto que 78% de ellos tienen que ver con niños, jóvenes y TV (y de ellos, diferenciándolos según edades, 14% se refieren a preescolares, 38% a los de básica (grados 1-8), 29% a enseñanza media (grados 9-12), y 19% a universitarios). Otros públicos, en cambio, solo tienen el 22% de los estudios (una mitad relativo a mujer, la otra a minorías, pobres y ancianos). Más de la mitad de los estudios selectos son clave respecto a procesos psicológicos subyacentes, y un 70% tiene algo clave que decir respecto a metodología. En cambio, estudios sobre el comunicador televisivo apenas alcanzan a ser el 6%.

Dos textos británicos recientes (entre varios otros a los que no tuvimos oportuno acceso) dan buena cuenta actualizada de la cuestión de televisión, niños y jóvenes, violencia incluida. Uno es una revisión crítica de David Buckingham de **1987, Children and television-An Overview of the Research**. Otro es el libro de Guy Cumberbatch y Dennis Howitt, 1991, no curiosamente titulado **A Measure of Uncertainty: The Effects of the Mass Media**. Las apreciaciones de estos autores aparecen, con el debido respeto a su

aporte intelectual, mencionadas y citadas en este documento. Sugerimos, sin embargo, remitirse a ambos textos directamente.

En suma, luego de esta breve pasada por ciertos momentos a hitos, la cuestión es que estos millares de estudios no son sin más acumulables y que, más aún, poseen enfoques teóricos subyacentes claramente divergentes como los son el de aprendizaje social, de raíces behavioristas, y el cognitivo de raigambre piagetiana.

A menudo, inclusive en el ámbito científico, estos enfoques se entremezclan libremente (Phoenix, 1987) en los debates sobre TV y niños. Esto es más que una disputa bizantina sobre métodos y lleva a que, en el balance, como plantea Phoenix, la pretendida sumatoria sea tanto teóricamente insatisfactoria como --agregaríamos-- pragmáticamente ineficaz y sujeta al oportunismo de utilizar torcidamente hallazgos fuera de contexto y sin atención a sus particulares condiciones de producción científica. Aún si con buenas intenciones, ignorar lo último puede conducir a indebidas generalizaciones y a dar por sentados hechos y evidencias que no son tales, estrictamente hablando.

Un asunto elemental (que luego veremos que cruza los hallazgos del Informe al Surgeon General de 1972) es que los estudios experimentales y los de campo son radicalmente diferentes. En el fondo, es una disputa epistemológica, y no solo de preferencias metodológicas ingenuas, en la cual no entraremos aquí.

Los experimentos de laboratorio (típicamente, y de los más citados, los de Bandura, Berkowitz, entre otros varios) se diseñan de tal modo que efectivamente aíslen lo mejor posible a unas pocas variables específicas sujetas a estudio, cuidadosamente operacionalizadas y también manipuladas en el controlado ambiente experimental, para maximizar así las probabilidades de hallazgos contundentes y estadísticamente significativos. Resultados limpios, robustos, poco equívocos, datos duros, evidencia sólida.

Los autores adversos critican a los experimentos, entre otras razones, por carecer de validez ecológica, ser inherentemente artificiales y eliminar por definición el contexto (ver Cumberbatch, Buckingham, Pearl/NIMH/HHS, 1982, entre otros).

A la vez, los estudios tipo encuestas o surveys (destacables, por ejemplo, Eron et al, 1963, 1972, o Belson 1978) serían más reales y representativos (si hay muestreos adecuados de la población de interés), pero está la eterna reiteración que una correlación entre variables no equivale ipso facto a una causación, o que el comportamiento evidenciado es más bien el simplemente reportado --y que ambos suelen ser poco congruentes-- etc., además de la poca finura en el tratamiento de las variables, con muchos ruidos que dañan la sensibilidad de medición deseable.

Inclusive encuestas o estudios de mayor sofisticación, como los estudios de carácter longitudinal o de panel, para ver qué variable causaría a otra, tiempo mediante, o aquellos con refinados y múltiples pareos (o matching) entre respondientes, para eliminar los factores ajenos al asunto crucial a investigar que pudiesen hacer :diferentes a unos y a otros por razones extrañas a la relación en estudio, o los experimentos de campo que tratan de llevar el rigor del laboratorio al contexto de lo real en el intento de obtener lo mejor de cada aproximación dejando de lado lo que son sus respectivas debilidades en fin, todos ellos han tenido sus serios detractores. Pocos, por lo demás, han sido los estudios experimentales de campo fuertes, tales como los de Milgram y Shotland (1973), Feshbach y Singer (1971), o Berkowitz (1975-77).

Considérese que el asunto no es para descartarlo sin más, o para llegar a posturas simplistas. En mi propio y rutinario paso por quehaceres investigativos, en campos similares o semejantes a los de esta temática, a mí personalmente me ha tocado

experiencialmente (sea en los roles de aprendiz, sujeto de experimento, encuestado y/u observado, encuestador a observador, coautor, analista, implementador, crítico, diseñador, detractor), conocer de las operatorias reales de estas posibilidades metodológicas: cada cual está sujeta a fallas potenciales y, en muchísimos casos, bastante reales y de bastante significación. Cada cual también posee su particular fortaleza y es un modo distinto de ver y construir datos.

Desde un punto de vista de método estrictísimo, difícil será hallar estudios impecables. La crítica metodológica tiende a hacerse refinadamente barroca. Eso no sería preocupante, porque da una idea de lo complejo que es hacer investigación y sustentar los hallazgos, y es una sana medida de permanente vigilancia metodológica al menos. Lo preocupante en el tema que nos ocupa son dos cosas:

a) a nivel del bastante selectivo público consumidor de investigaciones en general, por especializado que sea, queda la sensación de relatividad si no de incertidumbre y de la futilidad del esfuerzo investigativo. Se cierra una ventana al diálogo sensato con una comunidad científica que en su propia jerga se deleita en su autodestrucción y en la evasión de su responsabilidad social al cargarse a la búsqueda de la evidencia inmaculada.

b) a la vez, al interior de la así llamada comunidad científica, las opciones pro experimentales o pro estudios de campo (ligadas a otras opciones disciplinarias y epistemológicas) parecieran anunciar anticipadamente un descarte de las investigaciones contrarias, sin detenerse en el estudio exhaustivo en sí de aquellas que no agradan por principismo.

El estudio de Cumberbatch (1987) es uno de los pocos que he visto que toca a fondo y en detalle (y bastante desprejuiciadamente) --intentado respetar la lógica de cada estudio selecto demostrativo de estas diferentes aproximaciones metodológicas --los supuestos detalles (metodológicos, técnicos, de sujetos, y operacionales) que efectivamente debilitan la fuerza de las aseveraciones de sus autores. Es lo que antes he denominado las condiciones de generación o de producción de los resultados, todo un aparatage metodológico que no puede quedar inocentado de la crítica seria.

Pocos también se detienen a considerar, por ejemplo, las contra argumentaciones serias que autores como Bandura hacen de su enfoque experimental. Según lo parafrasea Comstock (1975), la postura de Bandura es que los experimentos tienen que testear hipótesis causales, y no producir evidencias directamente aplicables a la realidad. Su función es reforzar o debilitar teoría.

Esta es ciertamente una interesante línea argumental de la relación entre experimentos, teoría y realidad. El problema, claro está, es en dar aquí por supuesto que la teoría representa una correcta visión parsimoniosa (elegante) de la realidad y que por lo tanto, tendría poder predictivo, dadas ciertas condiciones estipuladas.

Por razones legítimas más que espurias del quehacer científico, el resultante final, sin embargo, es que pese a estos millares de investigaciones, varios comentaristas y analistas revisores se atreven a calificar de improductiva a tanta cantidad.

Tales el caso de Buckingham que, más allá de aspectos solo metodológicos, va más a fondo, destacando las falencias teórico-conceptuales de varios estudios notables en TV y niños. Cautamente, el **Informe Ten Years..., Pearl/NIMH-82** --y apenas refiriéndose a los tipos de evidencias que permiten, provocan o producen las aproximaciones experimentales o de campo aplicadas a diversos tópicos y variables-- directamente señala que hay desacuerdos respecto a cuáles evidencias serían aceptables para sacar conclusiones.

A resultados similares llega Cumberbatch: notable falta de consenso entre investigadores y comentaristas sobre las conclusiones que legítimamente se puedan obtener. Y porque la cuestión es no solo de métodos, sino de paradigmas, dejo la inquietud de Buckingham flotando, siquiera como advertencia que el camino no es fácil. No es nihilismo, es comprender que no hay salidas facilistas.

Dice: como la mayor parte de la investigación en ciencias humanas y sociales, la investigación sobre niños y TV se caracteriza, no por la acumulación gradual de verdad objetiva, sino que por el contrario, por inconsistencia, ambigüedad, desacuerdo, tanto dentro de, como entre los diferentes paradigmas que se utilizan (1987, p. 4).

Buckingham habla de cinco grandes paradigmas: 1) el de efectos, de raíz behaviorista, pero más sofisticado hoy en día, y con diferentes tradiciones psicológicas y sociológicas, división ésta crucial, a su parecer y al de este ponente también), y diverso también según el énfasis en efectos de corto o de largo plazo, etc. ; 2) paradigma crítico, que se ha concentrado en los textos mediales como expresión ideológica y también en estudios culturales; 3) usos y gratificaciones; 4) cognitiva y 5) un posible paradigma emergente.

Se apreciará, incidentalmente, que casi todo comentarista termina con un posible nuevo paradigma integrador que dé cuenta acertada de todo aquello que se le escapa o que no atina a explicar o a hacer caber dentro de sí la sumatoria simple de los paradigmas antecesores y aun vigentes. Naturalmente, hablar de cinco o tres o diez paradigmas no es más que una abreviatura conceptual protoclasificatoria: conviven bajo un mismo título o etiqueta una gran diversidad de estudios y aproximaciones, y no se trata de una ingenua, no beligerante y leal hermandad.

No es posible adentrarse en cuestiones paradigmáticas, porque nos llevaría a otra discusión, pero hay que entender que ellos guían, enmarcan, dan sentido, tipifican a una investigación, a lo que ésta pregunta o puede o debe preguntar, y a sus cómo preferenciales, al igual que proporcionan sustento llegado el momento del qué hacer de las evidencias que nunca serán inmaculadas sino interpretadas al interior paradigmático.

En términos más humanos, los paradigmas además dan seguridad y tranquilidad al propio cientista o investigador. Por más provisorios, tentativos y superables que lo sean, espera éste que no lo sean tanto ni tan a menudo.

En este abigarrado mosaico de piezas de rompecabezas distintos que son esta multitud de heterogéneos estudios, y teniendo esto en consideración, uno podría, antes de aventurar unas palabras sobre efectos de TV, referirse a un par de áreas que han concitado la atención y que son claramente diferenciables: los contenidos de los mensajes televisivos y las tipificaciones y caracterizaciones de las audiencias.

Notable es que un tercer elemento crucial, el del propio comunicador, o la industria televisiva, no haya merecido tanta cantidad de estudios. A veces no se ha podido, simplemente, como lo destaca acertadamente Comstock ya en 1975 (el acceso a los datos y a la información relevante no es nada fácil, en particular respecto a varios procesos decisivos). Ciertamente es un vacío.

En ocasiones, menos bien que mal, se ha inferido la no necesidad de su estudio (más allá de esa cierta imposibilidad), porque estarían objetivamente representados en el análisis de los mensajes que han producido o emitido (o preferido, o importado, cabría agregar si es del caso). No me refiero a una ya pretérita línea más ideológica que científica, sino que a seguimientos más descriptivos y hasta cuantitativos sin más de lo que aparece en

pantalla, o al supuesto gran mensaje, o hasta imagen que daría un canal cualquiera de TV, o a niveles intermedios, como por ejemplo un género televisivo como las telenovelas.

Relevante a este respecto, sin embargo, es lo que indica Buckingham (1987), al plantear que falta investigar la industria televisiva y las fuerzas que le afectan, por ejemplo, los factores que limitarían una programación más pro-social. No cabe duda que no es exclusivamente perversidad, tozudez, antipatía hacia los niños o la humanidad, o mera ignorancia o carencia de propuestas lo que impide otros programas distintos, del orden de los que agradan a los críticos del estado y procederes actuales de la industria televisiva.

O bien Orozco (1990-91), que intentará elaborar una así llamada mediación videotecnológica que es mucho más que la TV como institución social. Vale decir, las lógicas del quehacer televisivo. En suma, una ampliación del investigar hacia la industria televisiva, respecto a sus comunicadores insertos en una institución y un modo de hacer comunicación aquí y ahora con sus lógicas y reglas del comunicar.

Más allá de los comunicadores entonces, se requiere de una mejor comprensión del medio televisivo para inclusive --y esto es crucial-- llegar a proposiciones acertadas porque son respetuosas de los modos en que la TV puede estar en condiciones objetivas y subjetivas de considerarlas como viables y factibles.

Una psicóloga investigadora de TV y niños, por ejemplo, se pregunta, entre aquellas cosas que no suelen ser objeto de indagación seria: ¿por qué los productores de TV eligen los programas que eligen para los niños? (Phoenix, 1987). La pregunta no es en absoluto torpe, la respuesta no es trivial, y es un punto de inflexión, entre tantos imaginables, si nuestra óptica fuese distinta y menos adversaria, que no complaciente, para mejor imbricación entre productores a investigadores.

AUDIENCIAS.

No sin cierta ironía, Comstock plantea que tres fuerzas impulsan el estudio de las audiencias: la codicia, el altruismo y la ciencia social. Esta última sirve de medio. Codicia reflejada en la conquista de audiencias, la adoración a los ratings, la vieja frase que la TV en verdad vende audiencias (entiéndase consumidores a seducir) a sus avisadores. Altruismo en los deseos benefactores de los protectores de la inocencia vulnerable.

Desde los inicios, ciertamente se quiso conocer los rasgos de quiénes eran los videntes del emergente medio. Las preguntas de Himmelweit y colegas a mediados de los cincuenta no son extrañas, y aun están vigentes para muchos: quiénes ven qué y cuánto; qué gusta, qué atrae, qué contenidos ofrecer. Qué efectos de éstos sobre valores y visión (outlook) de audiencias, qué las asusta, o las hace agresivas, si se afectan conocimientos y rendimiento educativo, qué y cómo desplaza en el tiempo libre, cómo afecta a la familia; si hace pasivas alas audiencias, cuáles son las características del TV-adicto, diferentes reacciones de los niños según inteligencia, edad, sexo, clase, personalidad y relaciones (Himmelweit et al,1958).

Preguntas como aquellas, inclusive las más elementales, aquellas para las cuales creemos hoy tener respuestas o al menos modos certeros de ponerlas al día, o de refinarlas considerando las dinámicas fluctuantes de diversas audiencias frente a mensajes y a programaciones alternativas o competitivas, no eran ni son extrañas: se trataba, ya en ese entonces, del proceso de constitución en audiencias.

Y naturalmente, también las preocupaciones primerizas, pero recurrentes, han sido qué es lo que pierden las personas o los seres humanos al transformarse en audiencias (las preguntas y la investigación parecen haber ido más por lo perdido que por lo ganado).

Y luego, cómo hacer para que pierdan menos: protegerles de ciertos contenidos quizá, educarles para la recepción activa, rescatar el rol valóricamente protagónico que la familia y la escuela, por no decir la iglesia, tienen como adecuados agentes socializadores del niño ante este emergente, riesgoso y omnipresente nuevo agente socializador.

Hoy, ciertamente, se sabe bastante de cuáles (y sobretodo cuántas) son las audiencias, qué ven, qué prefieren, cómo varían, aunque este conocimiento deba refinarse periódica y sistemáticamente (siempre un nuevo programa será, en parte, un riesgo; jamás se conocerá tanto de la audiencia como para que la programación televisiva sea solo un acto simple de ingeniería social).

Se sabe que las declaraciones de la audiencia respecto de qué les gusta (o qué debería pasarse más por TV) no es necesariamente lo que ven, llegado el momento. Se sabe que ante entrevistadores se mencionan los programas más respetables y se omite mencionar programas vistos pero que no sería bien visto ver, etc. Y también se sabe que cuando los televidentes ven TV, no es lo único que hacen, ni siquiera los niños. No se transforman, siquiera provisoriamente, en entes unidimensionales y además inermes. Etcéteras.

Y por más que hoy haya visiones más sofisticadas de la audiencia, y métodos congruentemente superiores también, esas preocupaciones iniciales no cesarán. De hecho, es posible predecir una radical mejoría y variación de los enfoques y metodologías para comprender a audiencias que bien se saben activas, que traen mucho al ponerse ante la pantalla.

Los aportes de las teorizaciones y experimentaciones psicológicas cognitivas han sido fundamentales al respecto, aunque haya aun carencias en los aspectos emotivos y en la construcción social o cultural de las cogniciones, esquemas, o libretos mentales aportadas por el televidente para hacer sentido y apropiarse de ciertos modos de las propuestas televisivas. Se sabe asimismo (aunque falte mucho aún) que un idéntico mensaje televisivo (o estímulo, en la antigua jerga), será procesado diferencialmente. Falta ir comprendiendo mejor cuán similares y cuán particularizadas son esas apropiaciones, a fin de no caer en un nuevo extremo, el de la absoluta individualidad y unicidad (y por ende el riesgo de la inaprehensibilidad con ánimo generalizador teórico que no sea a niveles formalistas) de cada proceso de apropiación y resignificación de una propuesta televisiva particular pero después de todo homogénea en tanto se trata de un idéntico mensaje electrónicamente emitido para todo televidente potencial.

Ahora bien, dentro de las audiencias, los más estudiados han sido los niños y los jóvenes. Además, éstos han sido los más investigados en relación a la cuestión de la violencia. Y además, como los basamentos empíricos virtualmente exclusivos para la teorización y la hipotetización sobre el desarrollo de los procesos psicológicos subyacentes al ver TV. Y además de todo esto, han sido asimismo los más estudiados en todos estos aspectos con casi todo método concebible.

Hay tres razones serias para ello, indica Comstock (1975): La primera es la preocupación pública por su bienestar, la segunda es el interés propiamente científico en comprender los procesos de la socialización y el desarrollo del niño. Y por último, agrega, las circunstancias de operación de la ciencia social, es decir, que simplemente están más disponibles o asequibles que otros sujetos (sea con su madre, en el hogar si pequeños, sea

como cautivos en el sistema escolar y educativo, desde un jardín infantil hasta las aulas universitarias y las Facultades de Psicología en particular).

(Nótese que Wartella (1989) ha señalado que históricamente ha ido decreciendo la edad de aquellos por quienes preocuparse: desde los jóvenes universitarios de los años veinte hasta los preescolares de hoy en día).

Hablamos con total tranquilidad del niño, o de los jóvenes, pero sin darnos cuenta realmente de qué o de quiénes estamos hablando cuando generalizamos libremente, en nuestro necesario discurso cotidiano pero también en el discurso científico pretendidamente más diáfano por lo preciso (suele ser al revés). Estos niños y jóvenes no son abstractos. No son expresiones imperfectas de un concepto. Y sin embargo esto último los estrecha o reduce considerablemente.

No es que sólo sean norteamericanos, de los EE.UU. o canadienses, o británicos, y que esas experiencias integrales de vida les haga diferentes a los de otras latitudes, sino que además hay radicales diferenciaciones por edad, aun si supuesta una innata universalidad siquiera cognitiva de todo niño.

Se hace así algo menos simple comparar experimentos hechos con (o en) pre-escolares versus aquellos con avanzados estudiantes de psicología que están pendientes (como buenos y vivos universitarios que pronto serán también psicólogos al otro extremo del experimento) de descubrir cuál es la verdadera trampa del experimento, la intención del investigador, sin descartar aquel deseo pícaro de confundir a éste y a su bienamada hipótesis.

Pero nótese además como han sido :operacionalizados los niños. Como perspicazmente indica Phoenix (1987), hay una construcción social de la niñez. En la práctica, dice, casi todos nosotros podemos identificar un niño. Pero no es un período definido, al menos respecto de cuándo termina la niñez (y termina en varios momentos, con distintos ritos). Y es histórica y culturalmente específico.

Más aún, la imagen del niño estadounidense o británico es más la de un niño varón que de una niña más tranquila, y también se tiende a omitir a niños negros de esa conceptualización o constructo, debido a que hay realidades y percepciones de desventajas o diferencias socioculturales para ellos, y por tanto, por definición incluso benéfica de desprivilegiado se saldrían de un patrón de :normalidad. En suma, nos vamos quedando con niños blancos de hogares nucleares (Phoenix, 1987).

Planteamos esto para provocar una reflexión seria respecto a la imperiosa necesidad que hagamos más compleja nuestra percepción y construcción social y conceptual de el niño sin más. Aquí, ciertamente, cada uno reconocerá, de su vivencia como productor o como investigador, más allá de haber sido niñas o niños y padre o madre, cuán diferentes son nuestros niños y jóvenes --tampoco habría ese típico niño chileno quizá diferente de los de los experimentos de Bandura-- y habría que preguntarse sobre la base de cuáles niños o constructos de niños estamos, conscientemente o no, haciendo nuestras generalizaciones.

No es que no se puedan hacer, pero hay que tener algo menos de liviandad al hacerlas. Un solo ejemplo terriblemente elemental: hay serias diferencias de comprensión y percepción televisiva de niños de distintos estratos sociales en Chile, (quizá correlacionables con indicadores objetivados de su desempeño o rendimiento académico), por no hablar del simple acceso diferenciado a la TV (inclusive del color y del control remoto), o de las muy distintas mediaciones a las recepciones, aun dentro de idéntico rango de edad cronológica o idéntico grado de escolaridad formal.

Más aún, para comprender a un niño como receptor más o menos activo de TV, indica también Phoenix que hoy sabemos bastante sobre los niños y su desarrollo. Pero este conocimiento se ha concentrado en los años iniciales o tempranos de la niñez. Menos es lo que sabemos (cita a Collins, 1985), sobre el desarrollo de los niños en su niñez intermedia o preadolescente, es decir, entre los seis a los doce años. Y esta es precisamente la edad en que más tienden a ver TV (Phoenix, 1987).

Agreguemos, en cambio, que sí sabemos desde tiempos ya que los niños no ven, ni oyen, ni entienden las mismas cosas que los adultos (conforme refrenda el Informe Pearl/NIMH, 1982). Las implicaciones son bastante claras al momento de sugerir, desde la visión de los adultos desconocedores de esos procesamientos infantiles, posibles prescripciones, prohibiciones, o imposiciones a lo que debe ver porque tal exposición llevaría a ciertas interpretaciones infantiles supuestas por los adultos como homólogas pero cronológicamente más simples a las propias.

Y que, en cambio, esos niños no íntegramente comprensibles y explicables por los adultos, efectivamente acceden a mucha de la programación intencionada para adultos, que es otra área muy requerida de investigación, inclusive como punto estratégico de comparaciones interpretativas de consumos y apropiaciones diferenciadas según edades de un mismo programa televisivo.

CONTENIDOS.

Hacemos referencia a esta área porque para ciertos propósitos de políticas y de programación televisiva, algunas evidencias de presentaciones estereotipadas de personas o grupos sociales pueden bastar para procurar corregirlas, y saber de sus potenciales efectos o motivaciones es irrelevante. (Por ejemplo, ¿cómo son algunas típicas familias televisivas, quiénes son inadecuadamente representados, se hace mofa perjudicial o se estereotipan personajes, grupos o roles, etc.?)

Como lo planteaba Comstock ya en 1975, dado el presunto poder de la TV en cuestiones públicas, hay evidente preocupación por un tratamiento justo y balanceado. Y antes, Himmelweit señalaba no es tanto cuánto ven los niños, sino un balance de programación, qué visión de mundo se presenta, los valores implícitos, la necesidad de diversificación (op.cit.)

Lo central del análisis de contenidos de TV (apenas en sus expresiones o modalidades empíricas; no nos referimos aquí a estudios semióticos inicialmente ingenuos o simplemente inexpugnables pero hoy redimensionados), es que se trata, para Comstock (1975) de un área doblemente circunscrita por definición: por un lado, no pueden hacerse inferencias formales a los motivos de los emisores (no es una evaluación de su desempeño) y, en segundo lugar (que es lo que nos interesa aquí en particular), que tampoco es posible hacer inferencias formales sobre posibles efectos en receptores.

Es también el criterio de Cumberbatch: no se puede extrapolar desde el contenido de la TV a la experiencia recibida por el televidente. (Durante mucho tiempo, en la semiótica primitiva, la cuestión del análisis de mensajes se agotaba en sí misma, legítimamente, y de allí se infería lo que el receptor no podía sino percibir, fuese o no un semiólogo).

Pero ciertamente es posible estudiar, como parte de un análisis de TV (y tanto desde perspectivas semióticas como desde aproximaciones tan pobres como algunas

cuantificaciones triviales y superficiales), cuáles son los mensajes. Para ello hay diversos modos y sobretodo muy diferentes posturas, paradigmas o aproximaciones globales.

Por ejemplo, mucha investigación crítica se ha centrado en los textos mediales, más que en las audiencias, a inferido macroconclusiones. Hemos indicado que este ámbito no está cubierto en esta ponencia. Pero, dice Buckingham (1987), dicho enfoque comparte con la investigación sobre efectos cierta noción de audiencias pasivas que son influenciadas, en este caso por el mensaje en sí.

De aquellos enfoques calificables como empíricos, nos interesaba aquí mencionar y destacar (aunque no describir) el más complejo y sostenido de esos esfuerzos por dimensionar la violencia en los contenidos televisivos, aquel acometido por George Gerbner y colegas. Comenzaron cuantificándola primero; se culminó eventualmente en una elegante y sugerente teorización sobre el cultivo de efectos del contenido violento en TV.

Gerbner y sus colegas partieron hace ya mucho tiempo creando y operacionalizando episodios y luego un índice de violencia (cuestión nada de simple : ¿cómo contamos -enumeramos- aquello que estaríamos de acuerdo que serían unidades contables de violencia?), que progresivamente pasó a ser un perfil de violencia y eventualmente culminó en lo que es más conocido hoy en día, los indicadores culturales y la teoría (o hipótesis) sobre la cultivación de efectos (Ver referencias pertinentes en Bibliografía) .

Para ilustrar apenas la posibilidad y los límites de esta aproximación, veamos un ejemplo temprano de análisis de Gerbner (en Ball y Baker, 1969): en las tres redes USA, durante la primera semana de octubre de 1967 y luego de 1968, se transmitieron 122 horas que constituían un total de 187 plays (obras televisivas, programas, teleseries). Hubo 455 personajes, 241 de los cuales fueron violentos. Hubo violencia en 149 plays (104 horas-programa), con un total de 847 episodios violentos. De todos los plays con violencia, 112 (79 horas-prog) tenían violencia significativa para la historia que se desarrollaba. Se contabilizó un total de 1215 eventos (encounters) violentos distintos.

Estos números son apenas la materia prima elemental, y ya costaron considerable esfuerzo a sus generadores. Piense el lector hacia dónde podría conducir este esfuerzo, y qué habría que hacer para darle algún sentido. Por ejemplo, en qué contexto se produjo qué violencia, por quién, contra qué o quién, qué tipo de violencia, en qué programa, cuál es la unidad violenta, qué se entenderá por justificada o proporcionada, cuál sería real o verosímil, cuál caricaturesca, hay violencias inofensivas, si acaso caben esos términos, etcéteras. Todas esas preguntas entre centenares más debieron enfrentar tanto Gerbner como sus colaboradores, sin pensar siquiera aun en los críticos a dicho gigantesco esfuerzo.

Una excelente discusión actualizada de la teoría de la cultivación la hizo recientemente Potter (1993). Su meticulosa revisión crítica no sólo pone de manifiesto los problemas teóricos, metodológicos y prácticos, inmensamente complicados, de cómo definir, cómo unitizar (cuál es la unidad de violencia que hay que contar--asunto nada trivial, repetimos), si contextualizar o no, cómo contar violencias, sino que también y sobretodo --aun si superados esos problemas-- la inherente fragilidad de las inferencias posibles.

En particular Potter discute el cómo pasar de los significados de primer orden a los de segundo (el sistema de creencias) y luego, el procesamiento activo y diferenciado de los significados recibidos (o propuestos) desde distintos mensajes (y no un solo mensaje homogéneo, uniforme de la TV, en todo género y contexto), selectivamente vistos, por diferentes televidentes, en diferentes situaciones y contextos, etc).

Por ejemplo (y siguiendo en parte a Potter, pero sin su lucidez), habría que plantearse si el ver tantas unidades de violencia en la TV, permite o no (a todos o a buena parte de los televidentes) llegar a la conclusión que el mundo de la TV es un mundo violento y perverso, y si así se concluyese (en el supuesto que se llegue a dicha conclusión), si esa conclusión sobre el mundo televisivo ficcional es transferible sin más a la inferencia que el mundo real también es un mundo violento y perverso.

Hechas esas posibles pero no necesarias inferencias, y en tanto la TV cultivase la posible percepción (o convencimiento) de que en efecto sí lo es, y que hay muchas victimizaciones, y que uno (todo televidente, cual más cual menos) es potencial víctima o es victimizable, y que por tanto, hace falta alguien o algo que en este mundo real violento ponga más ley y orden etcéteras bueno, entonces tendríamos evidencias para indicar que la TV cultiva efectos a la larga funcionales a un sistema social conservador y protector de lo que ya hay contra las expresiones violentas de algunos otros contra todos nosotros los victimizables

No caricaturizo, solo parafraseo la complejidad inferencial. Sería injusto así tratar al aporte de Gerbner: lo que he hecho es ilustrar desde fuera, como lego, cuán complicada es la argumentación y por tanto cuán compleja se hace toda la construcción tanto teórica como metodológica para sustentar una propuesta atractiva.

3°. EFECTOS DE LA COMUNICACIÓN SOCIAL.

Hay poca certeza en el ámbito de los efectos de la comunicación masiva en general; en rigor, lo que hay es una serie de replanteos teórico-metodológicos sustanciales que cuestionan radicalmente la propia noción de efectos en el sentido más estricto del término.

Se prefiere ampliar el concepto de efectos --y/o escamotear la incertidumbre, la cual tiene tanto que ver con la noción misma de efectos como con las posibilidades (in)ciertas de medirlos- a el de la TV como una influencia socializadora de primer orden.

No voy a inmiscuirme en el tema de los efectos de los medios, ni de la TV en particular, salvo para recoger un par de planteamientos sintetizadores. Es, en verdad, muy difícil separar los efectos específicos que podría tener la TV en el contexto de múltiples otras influencias interactuantes.

Cumberbatch (1987) categórica y simplemente plantea que:

pese a un sostenido interés en efectos, hay un patrón decepcionante de hallazgos a través de una amplia gama de tópicos. La evidencia para una influencia directa es generalmente débil, con muchos resultados triviales reportados y que son en sí controvertidos (p. 1).

Más directamente aun, señala que

La historia de la investigación en comunicación social está notablemente carenciada respecto a alguna evidencia clara de la influencia precisa de los medios. Abundan las teorías, se multiplican los ejemplos, pero los hechos convincentes que un contenido medial específico está confiablemente asociado con efectos particulares han probado ser bastante escurridizos (elusive) Sólo en el tema de violencia (agrega) parece haberse

ofrecido alguna evidencia investigativa sustancial para apoyar las preocupaciones públicas. Pero esta evidencia investigativa sigue siendo controvertida. (p. 25)

Valga la advertencia que las pesimistas o quizá desilusionantes palabras anteriores no implican la conclusión que no haya efectos, sino que simplemente, desde la perspectiva del quehacer científico, la cuestión es controvertida y no implica abandonar el esfuerzo, sino redoblarlo, con plena o mayor conciencia siquiera de lo complejo que resulta. Es esto también lo que explica la gran cuantía de estudios.

Como vimos, sin embargo, no se trata de una cuestión numérica, sino más bien de qué, cómo y por qué se ha investigado. Se trata también de la direccionalidad y utilidad de tanto esfuerzo, de claridad respecto a puntos de partida y también de llegada.

Es preciso recuperar también de Cumberbatch esta cita de Feshbach (1988): podría argumentarse que la preocupación por resultados de investigación definitivos ha servido para ofuscar a impedir la implementación de políticas sociales significativas respecto a niños y TV. Este es un aspecto central a tener en consideración en la ya complicada relación entre investigar, orientar y producir TV.

En efecto, a la investigación hay que situarla en contexto: no se trata solo de qué se investiga, y cómo, y qué resulta de todo ello. Cabe preguntarse si alguna sociedad alguna vez esperó datos certeros e incontrovertibles de investigación antes de responder a preocupaciones sociales. Si así fuese, la evidencia anterior indica que se corre el riesgo que se podría seguir esperando por siempre la evidencia significativa definitiva, y con más de una razonable duda de si ésta alguna vez se alcanzaría.

En cambio, a fuerzas del congelamiento en el estudio de efectos relevantes de los medios (los micro estudios de escasa trascendencia social y/o que puedan afectar a un microcompartimiento de alguna teoría sobre efectos prosiguen y están presentes en las páginas de varias revistas académicas), se ha vuelto a una afirmación más general --casi una refundación del campo.

Como lo planteaba el **Informe Ten Years Later..** (NIMH-1982), a diez años del megaproyecto sobre TV y violencia, la TV se ha transformado en un agente socializador fundamental. También influye en cómo la gente piensa sobre su mundo. Hay actitudes influenciadas por la TV. Desde la preocupación centrada solo en la violencia, se amplió sustancialmente el marco. Así se reafirma la poderosa influencia de la TV : ésta es una formidable educadora cuyos efectos son omnipresentes (pervasive) y acumulativos (..) es una parte significativa del proceso total de aculturación.

(..) Y los desarrollos tecnológicos futuros en programación, distribución y uso televisivo probablemente aumenten su influencia potencial sobre el público. () El hecho fundamental es que la TV es parte tan grande de la vida cotidiana, continúa el Informe, y su papel socializador es casi comparable al de la familia, la escuela, la iglesia.. (p.87).

Poderosas afirmaciones viniendo de quien viene. Citas similares hay en otros autores, desde luego. Quise destacar ésta porque revela sintomáticamente los cambios paradigmáticos fundamentales al interior de un modo particular de hacer ciencia y de intentar comprender las relaciones entre TV y comportamiento.

Todo ello lleva al estudio de la TV y los niños bajo nuevas consideraciones, y con distintas perspectivas. También, en cierta medida, junto a otros factores de los desarrollos sociales y científicos, sociologiza el debate, contrapesando el excesivo sesgo psicologista que le había caracterizado.

Las implicaciones son fundamentales en términos teóricos y metodológicos --inclusive permiten un más fluido diálogo entre paradigmas y cosmovisiones, y por supuesto tienen seria incidencia en la naturaleza y tipo de las políticas de intervención social que sean deseables y posibles en el tema niños y TV.

4° ¿CAUSA VIOLENCIA LA TELEVISIÓN?

Estancamiento, en parte producto de todas esas disputas ya largamente consideradas o sugeridas aquí, en el establecimiento de una certidumbre científica sobre la relación causal entre violencia televisiva y conductas agresivas, luego de más de tres décadas de todo tipo de investigación imaginable al respecto, entendiéndose que esta temática ha sido la vertiente central hasta no hace tanto --y que sus fracasos relativos en establecer algo quizá hayan disminuido el interés por expandir la agenda de tópicos investigables de modo similar, en relación causa-efecto algo simplista.

La pregunta ciertamente más investigada en toda la historia de la investigación en comunicaciones de masas, y la de mayor debate público también, ha sido la de la posible relación causal entre ver TV (ver violencia televisiva) y el subsecuente efecto sobre los niños (actitudes o comportamientos violentos o agresivos, de corto o largo plazo).

Es menester recurrir a dos citas fundamentales del Informe al Cirujano General de 1972. Advierte este ponente, sin embargo, que ésta es una cuidadosa redacción consensuada de un Comité Científico que muy bien sabía el impacto social y en particular sobre políticas a industria televisivas que sus conclusiones --y en particular esta socorrida cita-- tendrían.

Y además, sugiere que el lector no se contente con este par de párrafos sintetizadores a juicio de la propia Comisión, sino que al menos recorra partes del Informe completo. Comprenderá mejor el sentido y alcance de las frases que siguen si se da la molestia de mirar aun si por encima apenas ese informe resumen del trabajo de la Comisión y colaboradores. En tanto, vaya mi traducción literal de los tan socorridos párrafos:

Por tanto, hay una convergencia de la evidencia experimental bastante sustancial para una causación de corto plazo de agresión entre algunos niños por ver violencia en la pantalla, y de la mucho menos certera evidencia de los estudios de campo que una extensiva evidencia de violencia precede a ciertas manifestaciones de largo plazo de comportamiento agresivo.

Esta convergencia de los dos tipos de evidencia constituye una indicación preliminar de una relación causal, pero falta por hacer una buena cantidad de investigación antes que uno pueda tener confianza en estas conclusiones. (p.10)

(..)

Así, los dos conjuntos de hallazgos (los experimentales y los de campo) convergen en tres aspectos: una indicación preliminar y tentativa de una relación causal entre ver violencia en televisión y comportamiento agresivo; una indicación que cualquier relación causal opera solamente en algunos niños (que están predispuestos a ser agresivos); y una indicación que opera solo en ciertos contextos ambientales.

Tales conclusiones tentativas y limitadas no son muy satisfactorias. Representan substancialmente más conocimiento que el que teníamos hace dos años atrás, pero dejan muchas preguntas sin contestar (p. 11).

Unos pocos años después, tras la exhaustiva revisión de Comstock y sus colegas (1975), éste agregará que la evidencia revisada (los más de 2,200 textos que se revisaron para elegir los 450 clave), es efectivamente convergente, y que las aparentes disputas entre autores no son tan efectivas y drásticas como en realidad se perciben.

Insiste en que la defensa del efecto existe en virtud de la fuerza de la convergencia de tantos disímiles estudios, y que ahora habría dos pasos que dar: a) explicarse el cómo de los efectos y b) centrar la discusión (y enfrentar el conflicto real que sí existe entre los autores) en el criterio para alarmarse ante los efectos, y de qué modo evaluar la evidencia para decidir ciertas políticas.

Es en estos aspectos donde existiría una real controversia que, por lo demás, saca la discusión del campo de la disputa intracientífica y la devuelve al punto y al lugar que originó esta preocupación: el de la sociedad real.

Algo más cauto respecto a los resultados concluyentes citados, y peor aun, su supuesta convergencia, es el propio Informe de puesta al día del NIMH, diez años después: afirma que pese a todos los estudios, las conclusiones no son totalmente inequívocas. Agrega que, en todo caso, no debe pasarse por alto que los estudios que apoyan la relación causal demuestran diferencias grupales. Ninguno apoya para individuos particulares. Y ningún estudio inequívocamente confirma la conclusión que la violencia de la TV lleve a comportamiento agresivo.

Más importante que aquello, sin embargo, y sin minimizar la precisión metodológica fundamental, es que el Informe 1982 ya indica que los televidentes aprenden más que violencia o comportamiento agresivo de la TV. Y que interesan, en este caso, ciertamente más los procesos que podrían eventualmente producir comportamientos violentos. Más aún, que en ese punto el aprendizaje observacional, madurado, es hoy (1982) replanteable en términos de procesamiento cognitivo.

No vamos a desarrollar aquí las principales hipotetizaciones sobre la posible relación causal entre violencia televisada y agresión en televidentes. Pero baste recordar, como simple mención, las nueve hipótesis que Buckingham (1987) explícita como posibles mecanismos psicológicos por los que se produciría: Imitación o modelación -- aprendizaje social; Identificación (muy vinculada a la anterior, que es la predominante); Gatillamiento-Triggering (de Berkowitz, más estrictamente behaviorista); Instigación (o arousal); Catarsis (ver violencia libera, evita o reemplaza ejercerla; con muy pocos estudios que la apoyan; Feshbach); Desinhibición (de Belson; ver excesiva violencia televisada puede debilitar las inhibiciones para ejercerla); Simple Refuerzo (parte de la teoría standard de Klapper sobre efectos de los medios, que solo refuerzan predisposiciones de la audiencia); Cultivación (Gerbner, ya discutida). El autor indica que su secuencia de hipótesis avanza del corto al largo plazo, y que tiene implicaciones de método preferencial, desde experimentos hacia surveys.

Lo complejo de toda esta larga historia sobre violencia, TV y niños, en ese orden, es que, al decir de Buckingham, no estamos más cerca hoy de comprender si la TV provoca violencia que hace treinta años atrás. En tanto, han surgido recién, porque se habían dejado de lado, preguntas potencialmente más interesantes y productivas. Una de ellas, por ejemplo, es cómo los propios niños, sujetos pasivos de tanta indagación, hacen sentido de la TV (p.3).

Concluyo esta sección señalando que no he abordado, aunque es muy relevante, qué es violencia. Analizar cómo ésta es definida, conceptualmente, por distintos investigadores,

depara más de una sorpresa. Aun si hubiese consenso, que no lo hay, es más interesante todavía escudriñar cómo ha sido operacionalizada en cada estudio.

Usualmente, estas cuestiones se omiten. Y reificamos un concepto abstracto y polivalente aunque en apariencia uniforme y tan obvio que no se precisa. Se descontextualiza esta violencia además del propio mundo de la TV, por no decir del mundo real, y con ignorancia o prescindencia de quién comete qué, en qué situación, con qué justificación, en cuál género televisivo y, por supuesto, a quién se tiende a victimizar. Ninguno de estos asuntos puede estar ausente de una discusión relativa a las valoraciones sobre contenidos de violencia en TV.

5° EL NIÑO, COMPLEJO PERCEPTOR ACTIVO DE TV

Desplazamiento del interés desde los efectos (sin resolver esta problemática) hacia los procesos psicológicos subyacentes (y en huida del behaviorismo simplista y del aprendizaje social): una concepción del niño como constructor activo de significados y de sentido, a inversión de la relación TV-niños hacia una que privilegia al niño cognitivo (y no tanto aun en los aspectos emotivos), con creciente reconocimiento del entorno social en que se desarrolla el niño, y particularmente el replanteo de la relación televisiva del niño receptor o perceptor activo (y deseablemente crítico --o formable como tal) dentro de complejos contextos sociales mediadores como categorías centrales de análisis, destacando en particular la familia y la escuela. (..)

Lo que afirmo es también una generalización de alto nivel. Hay limitaciones evidentes en las primeras propuestas cognitivas, con un énfasis nativista, ausente de contexto, cuando lo que hoy en día se plantea es que la construcción de significados es un acto social, un hecho oscurecido por el énfasis de algunos en los procesos mentales internos (al decir de Buckingham).

Del mismo modo, hay también críticas al descuido por el factor emotivo, al dar primacía a los procesamientos puramente cognitivos. Distinto es decir algo sobre cómo los niños producirían significados, dice Buckingham, que explicar el placer de ver TV. Se trate de saber también cuál es la experiencia emocional, cómo se sienten, y no solo como procesan TV.

Ahora bien, tampoco a un planteo de psicología del desarrollo le es ajena una concepción, una imagen valorativa por así decirlo, del niño. Al decir de Phoenix (1987), hay una cierta concepción de la niñez en este enfoque: un niño activo, conceptualizado como requerido de jugar, y con cuidado adulto. Esto implicaría que ciertas actividades se consideren o piensen más adecuadas (y no tanto la TV que se vería más pasiva).

Hay ideas con raíces filosóficas y religiosas sobre la pureza a inocencia del niño, y la necesidad de protegerle del mal. Por tanto, indica Phoenix, se da una creencia dual de niños que construyen activamente su conocimiento, pero que al mismo tiempo deben ser protegidos de ciertos conocimientos o serán corrompidos pasivamente. Como se ve, no todo avance en la ciencia se inocenta de valoraciones y presupuestos no explicitados subyacentes.

El Informe Pearl/NIMH 1982 se detenía ya hace una década en los procesos cognitivos que el niño pone en juego ante la TV. Se trata de estrategias cognitivas a aprender, y particularmente complejas, que determinan cuánto sentido le dan diferentes

niños a lo que acontece en la TV según diversos momentos de su desarrollo de capacidades conceptuales, que varían conforme a la edad.

Abordar tales procesamientos cognitivos significa un detallado desglose de todas las habilidades que se ponen en juego, desde el poner atención (y qué es lo que atrae la atención), pasando por lo que significa la comprensión de aquello que se ha atendido, y el procesamiento del contenido, que a su vez implicará conocer y aprender formas narrativas, convenciones televisivas.

Todo esto no hace sino resaltar el carácter activo del ver TV. Pero por activo que sea, es también bastante evidente que se van logrando mayores y distintas habilidades para ver y procesar TV en el propio proceso de ir creciendo. (Pearl/NIMH/HHS, 1982).

Mayores referencias sobre estos aspectos pueden hallarse, por ejemplo, en el libro **Childrens Understanding of Television** (1983), de J. Bryant y D. Anderson (comps.), que recopila una docena de contribuciones investigativas sobre aspectos particulares y diversos de la atención y comprensión televisiva de los niños.

6°. LA INCERTIDUMBRE ACTUAL: DEL SIMPLISMO SOFISTICADO A LA SIMPLICIDAD PROFUNDA.

No es de extrañarse, luego de este recorrido, y para sintetizar las cuestiones de método, que haya genuina incertidumbre metodológica, búsqueda casi infructuosa de paradigmas integradores, y a veces descalificaciones apriorísticas de aproximaciones metodológicas viejas o nuevas.

Simultáneamente, apreciamos un redescubrimiento y refinamiento de aproximaciones cualitativas ya no como coartadas ante la cuantificación y el empiricismo vulgar, como asimismo el retorno a metodologías simples para reencontrarse con elementales verdades y objetivar una vez más y desde los niveles más básicos la nada simple relación niños y televisión (..)

Aliado a esto, y en difícil coexistencia con la tradición anterior, de naturaleza más empírica (que insistimos no equivale a empiricismo), se mantienen propuestas alternativas de las corrientes críticas, más centradas en ámbitos macro, socioculturales, herederos de las lecturas ideológicas de los medios y sus mensajes, que en el paroxismo sería, aparentemente, solo uno, incesantemente reproducido. Ya sabemos también a dónde conduce todo ello.

Lo interesante aquí está en un redescubrimiento de los aportes genuinamente reveladores de estas aproximaciones, que permiten iluminar desde otra perspectiva un ámbito algo cansado y cansador. A condición, claro está, que sean tomados estos aportes como propósitos sugerentes, como interpretaciones de nivel superior, pero susceptibles de traducirse a algunos modos de verificabilidad, a algún anclaje empírico no anecdótico.

7°. ¿HACIA UN NUEVO PUERTO SEGURO?

Toda esta breve aunque larga mirada al pasado que refleja (desde una perspectiva muy globalizante, es verdad) más continuidad que quiebre en el avance científico respecto a niños y TV, era necesaria para entender que también hoy como ayer, y en el campo del quehacer científico, hay miradas mágicas, si bien más

sofisticadas (nos parecería hoy), y también lúcidas propuestas teóricas entusiasmantes a la vez que aterradoras en tanto pretenden comprenderlo todo en su --nos lo enseña el pasado-- inabordable complejidad.

No por nada investigadores sensatos y brillantes, aun hoy en el tapete de la discusión actual, y no olvidados ni prescindidos, plantearon en su momento soluciones aparentemente simplistas. Es precisamente por la complejidad del proceso que uno puede explicarse (como lo sugiere el Informe Pearl/NIMH de 1982) que cada investigador trate de simplificar el problema limitando el estudio a un aspecto. Agreguemos que tras ello hay, por supuesto, una cuestión epistemológica, y de cómo se concibe tanto el fenómeno como los modos de construir conocimientos.

Pero en términos prácticos, ésta es una lección, lección que se nos puede pasar por alto al buscar otra vez, una vez más, la piedra filosofal. Cito al psicólogo David Krech (citado en Finn, 1992): No hay fenómeno, por complejo que sea, que al ser examinado cuidadosamente, no resulte ser sino más complejo aún.

Es precisamente lo que me temo respecto a las propuestas de mediación (un planteamiento teórico en plena vigencia a estos momentos) si son mal tomadas, si son enfrentadas como otra nueva moda en la teorización y la investigación de la comunicación en América Latina. Porque el anverso necesario de Krech sería que ante tamañas complejidades, más fácil y obligatorio será refugiarse en simplicidades y repetir impensadamente lo que alguien que sí se metió en complejidades propone para pensar ordenada y profundamente, mas no para adoptar como moda.

La propuesta teórica de las mediaciones, por lo demás, tampoco es todo aquello que hoy en día quisiera abarcarse respecto a los mundos televisivos en sus interacciones con los reales, y además, por su carácter refundacional del campo, en momentos casi parece haber abandonado el objeto de estudio en pos de una mejor explicitación del abordaje y del método para hacerlo.

La cuestión macro de efectos mediales siquiera plausibles, inclusive de los deseables y propiciables (intervenibles), ha sido dejada de lado en pos de adentrarse en la barroca arquitectura de

las mediaciones. Tortuoso camino éste, distractor para muchos, pero también susceptible de recorrerse de modos menos complejos y con recomendaciones a intervenciones posibles, deseables y justas para el conjunto social y para una más transparente y democrática relación entre audiencias activas y críticas, niños incluidos, y medios responsables, televisión incluida, en tanto entes de servicio público.

El brillante investigador Guillermo Orozco (ver Orozco 1990, 1991) es uno de los más lúcidos proponentes latinos del proceso de recepción televisiva activa de los niños y de las necesarias y objetivas mediaciones sociales, en particular la de padres y escuela.

Se trata de mediaciones que inevitablemente suceden, como condicionamientos, y no de una deliberada intención mediadora, que es ciertamente posible y plausible y que de hecho fundamenta o justifica teóricamente a las intervenciones tales como las de recepción crítica y de educación para los medios.

Plantea Orozco: La relación receptores-televisión es necesariamente mediatizada; (la estrategia metodológica del autor es que) en lugar de tratar de librarse de ruidos, se incorporan como elementos situacionales y contextuales que influyen el proceso de la percepción y conforman la apropiación el mensaje televisivo. (1990).

Tiene a su haber el autor, a más de su propuesta estratégica, que efectiva y no ilusoria o anecdóticamente respalda su elegante construcción teórica con datos empíricos (a su modo, desde luego, y perfectamente legítimo éste).

Mi temor surge cuando veo (y leo al citársele) que una propuesta de aproximación metodológica efectivamente estratégica es recuperada ya no como eso, sino como un hecho, como un reemplazo cómodo de la búsqueda de evidencias-- cualesquiera sean los caminos para hallar y constituir evidencias-- como un nuevo catecismo que, otra vez, una vez más, evite el paso por lo real.

El que cierto aserto provenga de Orozco es una formidable invitación a investigar, a inclusive a investigar en pequeño (porque se tiene una propuesta paradigmática en la cual darle sentido grande a lo pequeño), y jamás un pretexto para obviarse investigaciones de cómo es que se dan las diferentes mediaciones y cómo es que afectan de modos similares y diferenciales a distintos niños en distintos contextos ante distintos mensajes televisivos propuestos.

Ahora bien, hay pocos estudios de mediación cuantitativos. Uno reciente es el de Erika Austin et al. (1990). Ella y sus colegas plantean que la comunicación interpersonal familiar ayuda a formar percepciones del mundo real, que posibilita comparar, frente a posibles percepciones de realismo de la TV a identificación con personajes, y que es más exitosa respecto a aquel mundo más cercano a la casa; los padres median percepciones de similaridad.

Y aunque no hubiese una fuerte mediación familiar activa, agregan, no debe olvidarse que los niños (y consideran los niños en tres edades, de tercero, sexto y noveno grado) aplican estrategias intrapersonales más o menos sofisticadas para la información televisada. No absorben como esponjas. (Austin et al, 1990).

Lo importante del estudio de las mediaciones y, por qué no, dentro del ambicioso marco propositivo teórico de Orozco, es que permite, en tanto las mediaciones primordiales se hallan postuladas bajo la forma de entes identificables (y no categorizaciones abstractas) tales como familias, escuelas y profesores, grupos.

Y agreguemos la propia televisión como mediadora de sí misma y como mediadora a su vez para la propia mediación de aquellos y otros agentes interpersonales. Esta última cuestión no está tan estudiada, y es susceptible de muchas proposiciones prácticas que impacten en políticas en programación y en producción televisiva.

Que tampoco sea tan novedoso lo revela esta cita de Himmelweit en 1957, cuando hace un llamado a padres y educadores: podría enseñarse cómo utilizar mejor la TV. Si no, el desarrollo del gusto, la habilidad de ver críticamente, quedará librada muy al azar .

Es que la mediación es también el nombre para lo que es una parte de ella, la mediación intencionada: media literacy o alfabetización medial, recepción o lectura crítica Y a estos también falta, por lo demás, investigarlos y evaluarlos.

En efecto, y junto a ellos, cabe también dirigir miradas investigativas y evaluativas a la provisión televisiva de contenidos positivos (como algunos les denominan), o prosociales, como también al apoyo de la TV al propio proceso de desarrollo de habilidades cognitivas, emotivas y sociales de los niños (si se postula o se sostiene empíricamente que el niño es activo, no cabe duda que está procesando también los propios modos que la TV le ofrece para procesar cognitivamente, ciertamente diferentes a los que la familia o la escuela podrá ofrecerle).

En el Informe Pearl/NIMH 1982, se plantea que potencialmente, los niños pueden aprender comportamiento social constructivo. Pero no está claro si estos beneficios

efectivamente se están logrando. Falta más investigación. Más allá que ese tipo de programas producen ciertos cambios de conciencia ante la TV, está aun por demostrarse cuáles son los efectos de más largo plazo de una genuina recepción crítica en el hogar, o de un menor consumo, o de un consumo más selectivo, concluye dicho Informe.

Que esto se puede investigar y se lo ha hecho lo demuestra una bibliografía especializada del Childrens Television Workshop, productores, entre otros programas educativos, de Sesame Street (diferente de Plaza Sésamo, coproducida con Televisa, México). Una reciente bibliografía selecta de investigaciones exclusivamente referidas a ese programa, y de dominio público (CTW hace mucha evaluación formativa interna que no es necesariamente publicada, ni está en esa lista, pero que alimenta ágilmente sus procesos de creación, producción, y revisión), según mis cálculos manuales, lista unos 450 autores distintos, con un total de más de 600 artículos, en el lapso de veinte años, 1969-1989. Se concentran en el impacto educativo (175 textos), desarrollo social y emocional del niño (62) y atención comprensión (120). (CTW, 1990; mis cifras).

Se podrá contraargumentar que es un esfuerzo costoso y difícil de sustentar. Quizá lo sea, en ciertas ocasiones, pero hay múltiples ejemplos que le constan personalmente a este autor de micro investigaciones particularmente iluminadoras para la relación niños y TV de costo casi cero, a no ser por la voluntad y el entusiasmo de estudiantes avanzados de investigación de la comunicación.

8°.LA RELACIÓN AUSENTE ENTRE PRODUCTORES, CREADORES E INVESTIGADORES.

Hechas ciertas excepciones nada despreciables, particularmente:

- i) las de evaluaciones formativas en televisión intencionadamente educativa o prosocial;
- ii) aquellas mediciones cuantitativas o cualitativas imprescindibles para siquiera una mejor relación con las audiencias infantiles a conquistarse o mantenerse por necesidades competitivas de la industria televisiva, y
- iii) ciertas investigaciones encomendadas por consejos normativos o regulatorios (y a veces, por grupos de interés o presión serios y responsables),

subsiste en general una poco fructífera relación sostenida, mutuamente beneficiosa, respetuosa y no adversaria, entre comunicadores de la industria televisiva y académicos e investigadores de la comunicación.

Esto nos hace abogar por la necesidad de replanteamiento de la utilidad social del quehacer investigativo y condiciones que lo facilitarían: un desafío para Chile hoy, y que espero abordemos en el transcurso de este evento. Allí espero aportar verbalmente ciertas experiencias acumuladas en mi propio quehacer en este y en similares campos.

9°.NUEVAS ESTRATEGIAS Y PRACTICAS INVESTIGATIVAS SOCIALMENTE MENOS AUSENTISTAS.

Para ayudar a remediar la situación de aislamiento o ensimismamiento mutuo mencionada, hay tanto por hacer, y en parte es tan simple-- o podría serlo:

- hay que racionalizar el debate niños y TV;

-hacer investigación y hacerle responsable de propuestas útiles para el quehacer televisivo;

-socializar el conocimiento acumulado, inclusive y sobretodo señalando las áreas de vacíos, ignorancias y prejuicios infundados;

-fomentar aunque sean micro experiencias investigativas, de bajo costo y con múltiples actores que vayan dando cuenta de la inconmensurable complejidad del campo y sus múltiples ámbitos susceptibles de mejor conocerse,

-para así conformar una masa crítica de entusiastas a interesados en sostener y revitalizar la investigación y su use en el campo TV infantil;

-mejorar lazos entre productores, reguladores, investigadores, públicos;

-escuchar a muchos, y sobretodo a los otros, y hacer sujetos activos a los objetos de estudio;

-comprender las propias lógicas del que hacer televisivo (infantil o no) como condición elemental de realidad;

..etcéteras. Estas son apenas algunas ideas de entre tantas que entre todos debiéramos construir y compartir.

Todo esto debiera llevarnos a una estrategia investigativa multifacética que enfatizase quizá más el cuántum de investigaciones por ahora que la adherencia estricta a modos particulares de hacer investigación. Esa crítica metodológica bien puede venir después, y necesariamente surgirá de ella además.

Entretanto, ¿hay efectos de la investigación sobre políticas de TV y sobre programación? Buckingham plantea, para su entorno, que probablemente es muy poca la diferencia que dicha sumatoria incierta de investigaciones haya logrado.

Y agrega, no sin cierta ironía y parafraseando el estado del arte que, también, probablemente, sea un efecto indirecto, de largo plazo, y con muchas variables intervinientes. Esto es obvio, tanto por razones de los comunicadores y productores y de la industria televisiva en general, como por las de los académicos a investigadores.

Pero si los primeros bien harían en prestar atención a lo que una reflexión científica fundada en datos empíricos podría aportarles para una mejor TV, los segundos necesariamente deben abordar la investigación del quehacer televisivo y de sus productos con mayor comprensión de las lógicas de un mundo ciertamente distinto y particular, y con menos elitismo despreciativo y propuestas descabelladas.

Quisiera, a la luz de mis propias y limitadas experiencias de relacionamientos entre ambos ámbitos, no exentos de conflictos, pero al fin y al cabo, plenas de aprendizajes mutuos y de concordancias operativas útiles, ser optimista en la esperanza de una mejor relación entre estos dispares mundos.

Y prefiero entonces volver, para terminar y para comenzar, a un maestro que nunca me hizo clases, pero que fue maestro para mis maestros, y un incurable optimista. Pese a lo críticos que éramos respecto de sus enseñanzas, que es como él lo habría querido, es también el responsable de mi entusiasmo por mi campo actual, el de la comunicación puesta al servicio de un desarrollo humano y social más solidario y equitativo, cuando otras esperanzas y sueños ya no estaban con nosotros.

Decía Wilbur Schramm, hablando de su televisión para su país, allá por 1960:

Es difícil para nosotros imaginarnos que la televisión fuese diferente. Y sin embargo, no necesariamente debió desarrollarse en su modelo actual. La mayor parte de los sistemas nacionales de TV del mundo se han desarrollado bajo patrones muy distintos (..)

Ya no es posible volver a ese camino (el alternativo que describió--ECB), pero por otro lado no es totalmente necesario que sigamos nuestra ruta actual hacia un lúgubre final. (p.176)

Y concluía:

Enfrentamos un problema de cooperación y conservación. Tenemos un recurso en los niños, y un recurso en la televisión. Nos preocupa que la televisión fortalezca, y no debilite, el recurso humano. Esta finalidad puede lograrse más fácilmente, más efectivamente, no por actividades unilaterales () sino más bien movilizand o todas las fuerzas clave de la sociedad que tienen que ver con la relación televisión y niños. Debe ser un esfuerzo compartido para alcanzar una responsabilidad compartida. (p. 188)

Tres décadas atrás ya fue dicho, y es un desafío aún pendiente.

REFERENCIAS.

*Esta no es una bibliografía sobre el tema, sino solo un listado de aquellas referencias que fueron directamente usadas para esta ponencia. Hay muchas omisiones **deliberadas**, en función de los alcances solicitados para la ponencia:: por ejemplo, todos los aportes desde o para Chile, o aquellos que otros desarrollarían, y también una visión más ampliada del tema (en sus orígenes, el tema de mi ponencia versaría solo sobre Niños, TV y Violencia, posteriormente se me amplió su alcance). Otras omisiones son, naturalmente, producto de mi propia ignorancia. De tal modo, no puede sino considerarse complementaria a otras referencias y bibliografías indicadas en el contexto de este Seminario. La importancia relativa y la especificidad de cada texto se encuentra, a juicio de este autor, expresada en el cuerpo de la ponencia.*

Austin, Erica W., Don Roberts, C. Nass (1990) Influences of Family Communication on Childrens Television-Interpretation Processes. **Communication Research**, vol 17: 4.

Baker, Robert K. & Sandra J. Ball (autores y compiladores) (1969) **Violence and the Media: A Staff Report to the National Commission on the Causes and Prevention of Violence**. Vol XI, Mass Media and Violence. Washington, D.C. 614 págs. (No cito aquí cada uno de los principales estudios aquí contenidos, unos pocos fueron mencionados en la ponencia).

Bandura, Albert (1973) **Aggression: A Social Learning Analysis**. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall. (entre este libro y el artículo que sigue hay innumerables otros artículos de Bandura reportando sus experimentos).

Bandura, Albert, D. Ross, & S. Ross Transmission of Aggression through Imitation of Aggressive Models. **Journal of Abnormal and Social Psychology**, 63, pp 575-582.

Berkowitz, Leonard & R. Ginn (1966) Film Violence and the Cue Properties of Available Targets **Journal of Personality and Social Psychology**, 3, pp. 525-530.

Bogart, Leo (1973) Warning: The Surgeon General Has Determined that TV Violence is Moderately Dangerous to Your Childs Health, **Public Opinion Quarterly, POQ**, Vol. 36: 4, winter 7273.

Bryant, Jennings & Daniel Anderson (autores y compiladores.) (1983) **Childrens Understanding of Television: Research on Attention and Comprehension**. New York: Academic Press. 369 pags.

Buckingham, David (1987) "**Children and Television: An Overview of the Research**". Paper (Ponencia) presentado al British Film Institute 1987 Summer School. Londres: BFI Education.

Chaffee, Steven H. (1972) Television and Adolescent Aggressiveness: Overview, **en Television and Social Behavior**, vol 111. (NIMH, Comstock & Rubinstein, eds.).

Childrens Television Workshop, Research Division(1990): **Sesame Street Research Bibliography: Selected Citations relating to Sesame Street,1969-1989**. New York: CTW.

Communication Abstracts(1990-1993), An International Information Service. Sage Periodicals Press. **Communication Abstracts**, bimestral, revisa y resume artículos de múltiples fuentes relativos a la comunicación, incluyendo libros. En un conteo reciente contabilizamos un total de 185 revistas académicas (Journals). No hemos presentado en este documento todo el resultado de nuestra búsqueda.

Comstock, George (with the assistance of F. Christen, M.Fisher, R.Quarles, W.Richards) (1975) **Television and Human Behavior: The Key Studies**. Santa Monica, CA: The Rand Corporation. 251 pags.

Comstock, George & M.L. Fisher (1975) **Television and Human Behavior: A Guide to the Pertinent Literature**. Santa Monica, CA: The Rand Corporation.

Cumberbatch, Guy (1991) Overview of the Effects of the Mass Media (pp 1-29), y Violence and the Mass Media: The Research Evidence (pp 31-59), en Guy Cumberbatch, with Dennis Howitt (1991)

A Measure of Uncertainty: The Effects of the Mass Media. London: John Libbey.

Dorr, Aimée (1986) **Television and Children: A Special Medium for a Special Audience**. Beverly Hills: Sage.

Educational Technology Research and Development, ETR&D, (1990), Varios Autores, Special Issue: **Childrens Learning from Television: Research and Development at the Childrens Television Workshop**. Vol. 38:4. 96 pags.

Eron, L.D., M Leftkowitz, L. Huesmann, L. Walder(1972) Does TV Violence Cause Aggression?, **American Psychologist**, 27.

Feshbach, S & Singer, R. (1971) **Television and Aggression: An Experimental Field Study**. San Francisco: Jossey-Bass.

Finn, Seth (1992): Television Addiction: An Evaluation of Four Competing Media-Use Models, **Journalism Quarterly, JQ**, Vol 69:2, summer 1992, pp 422-435.

Gerbner, George (1969) Toward Cultural Indicators: The Analysis of Mass mediated Public Message Systems, en G.Gerbner, O. Holsti, K. Krippendorf, W. Paisley, P. Stone (eds.)**The Analysis of Communication Content**. New York: Wiley.

Gerbner, George (1967-1969) Violence in Television Drama: Trends and Symbolic Function, en **Television and Social Behavior**, vol I. (NIMH, Comstock & Rubinstein, eds.).

Goranson, Richard (1970) Media Violence and Aggressive Behavior: A Review of Experimental Research. en L. Berkowitz (ed.) **Advances in Experimental Social Psychology**, Vol. 5, pp. 1-31.

Gunter, Barrie & Jill McAleer (1990) **Children and television: The One-Eyed Monster?**. London: Routledge.

Heintz, Katharine (1992) Children and the Screen. A review Essay (de cuatro libros recientes). **Journal of Communication, JOC**, vol. 42:4, pp. 175-179.

Hilde Himmelweit, A.N. Oppenheim y P. Vince (1958) **Television and the Child**. London: Oxford University Press. Published for The Nuffield Foundation. Reprint of Chapters 1-4, TV Information Office, New York, 1961.

Lull, James (ed.) (1988) **World Families Watch Television**. Newbury Park: Sage Publications. 263 pags.

Milgram, Stanley and R. Shotland (1973) **Television and Antisocial Behavior: Field Experiments**. New York: Academic Press.

Murray, John P., (1987) Television or Children?. A **Review,Journal of Communication, JOC**, vol. 37:2, pp. 146-149.

Murray, John P., (1981) **TV and Youth: 25 Years of Research and Controversy**. Boys Town, Nebraska, citado en NIMH: **Ten Years**

Orozco Gómez, Guillermo (1991) Mediaciones Familiares y Escolares en la Recepción Televisiva de los Niños. (Algunos Hallazgos Recientes). **Comunicación y Sociedad** 13, sept-dic 91. Jalisco: CEIC, U. de Guadalajara.

Orozco Gómez, Guillermo (1991) La Audiencia Frente a la Pantalla: Una Exploración del Proceso de Recepción Televisiva, **Dia-Logos de la Comunicación** 30, junio 91. Lima: FELAFACS.

Orozco Gómez, Guillermo (1990) Notas Metodológicas para Abordar las Mediaciones en el Proceso de Recepción Televisiva, **Cuadernos N° 2 de Dia-Logos de la Comunicación**, junio 90. Lima: FELAFACS.

Palmer, E.L & M. McNeil (1991) Childrens Comprehension processes: from Piaget lo public policy, en J.Bryant & D. Zillman (eds) Responding lo the Small Screen: Reception and Reaction Processes. Hillsdale: L. Erbaum Assoc., reseñado en **Communication Abstracts**, vol,14:5, Oct. 1991. Sage Pubs.

Phoenix, Ann (1987) Developmental Psychology: Children and Television. Paper (Ponencia) presentado al British Film Institute 1987 Summer School. Londres: BFI Education.

Potter, W. James (1992) How Do Adolescents Perceptions of TV Reality Change Over Time? **Journalism Quarterly**, JQ, vol 69: 2., Summer 92, pp 392-405.

Potter, W. James (1993) Cultivation Theory and Research: A Conceptual Critique, **Human Communication Research**, vol 19: 4, June 93, pp. 564-601.

Schramm, Wilbur, Jack Lyle & Edwin B. Parker (1961) **Television in the Lives of Our Children**. Stanford, CA.: Stanford University Press, 324 págs.

Signorielli, L. & G. Gerbner (1988) **Violence and Terror in the Mass Media**. Citado en Cumberbatch (1991).

Surgeon Generals Scientific Advisory Committee on Television and Social Behavior (1972) **Television and Growing Up: The Impact of Televised Violence**. Report lo the Surgeon General, United States Public Health Service. U.S. Dept. of Health, Education and Welfare: National Institute of Mental Health. 169 págs.

---- (1972) **Television And Social Behavior. Reports and Papers**, Volumes I lo V. Technical Reports lo the Surgeon Generals Scientific Advisory Committee on Television and Social Behavior .U.S. Dept. of Health, Education and Welfare: National Institute of Mental Health:

Vol. 1: **Media Content and Control**.

Vol II: **TV and Adolescent Aggressiveness**.

Vol. III: **TV and Social Learning**.

Vol. IV: **TV in day-to-day- life: Patterns of Use**.

Vol. V: **TVs Effects: Further Explorations**.

Television And Social Behavior: An Annotated Bibliography of Research Focusing on TVs Impact on Children.

(tampoco se detallan aquí los diversos estudios técnicos que componen estos volúmenes de informes de investigación)

Tate, E.D. & K. McKonnel (1991) **The Mass Media and Violence**, en

Singer, B.D. (ed) **Communications in Canadian Society**. Ontario, reseñado en **Communication Abstracts**, 15:1, Feb. 1992. Sage Pubs.

U.S. Dept. of Health and Human Services: National Institute of Mental Health: David Pearl, Project Director (1982)**Television and Behavior--Ten Years of Scientific Progress and Implications for the Eighties**. Vol I. Summary Report. NIMH, Rockville, Maryland.

Wartella, Ellen & Sharon Mazzarella (1989) A Historical Comparison of Childrens Use of Leisure Time, en Richard Butsch (ed) **For Fun and Profit**. NY: Temple University Press, pp. 173-193.

Wartella, Ellen & Byron Reeves Historical Trends in Research on Children and the Media: 1900-1960, **Journal of Communication**, JOC, vol. 35:2, Spring 85, pp. 1118-133.